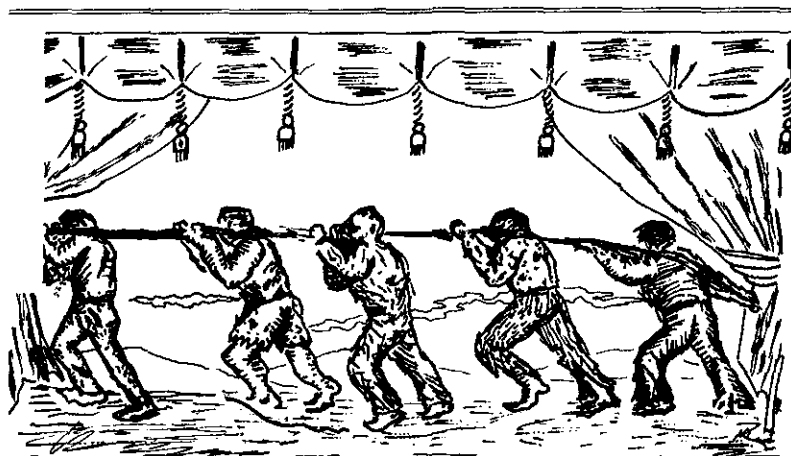


LA TRAGEDIA DE MORAZAN

de FRANCISCO DIAZ

(REVISION Y ACTUALIZACION
DEL LENGUAJE)

RAFAEL GOCHEZ SOSA



LA TRAGEDIA DE MORAZAN

Tragedia en verso hecha por el famoso poeta salvadoreño finado FRANCISCO DIAZ.

De los acontecimientos que tuvieron lugar en Costa Rica y dieron fin el 16 de setiembre año de 1842.

Dedicada a la muerte del Benemérito General Francisco Morazán.

San Salvador, setiembre 12 de 1847

Imprenta Industria, Centro-americana.

Se vende en esta Imprenta, casa del S. Peraza

PERSONAJES

Morazán

Villaseñor

Saget

Saravia

Lazo

Cordero

Milla

Ayudante

Otro

Molina

Mayorga

Cabañas



—ACTO I—

ESCENA PRIMERA

Morazán-Saravia

MORAZAN: Al fin respiro. Al fin, mi amada Patria,
respetada será del extranjero.
Ya los estados que ahora desunidos
sin poder nacional se hallan acéfalos,
a las usurpaciones de ambiciosos
por sus muchas riquezas siempre expuestos,
eligiendo un gobierno respetable
una nación segunda vez tendremos,
la que en el exterior considerada
recobrará sus grandes privilegios,
apareciendo al mundo engalanada
con los tesoros de su fértil suelo.
Oh, dulce idea, grata y seductora,
que llenas mi alma de un placer inmenso.
Cuando tu grito, Patria, a mis oídos
llegó a mi voluntario y cruel destierro,
volé hacia el Sur a demandar socorro;
y el general Bermúdez grato oyendo
mi ardiente queja, me brindó al instante
armas y municiones; y reuniendo
a unos pocos valientes que me fueran
en el triunfo y desgracia compañeros,
las procelosas ondas del océano
surcamos al instante. Hacia tus puertos
arribamos al fin. Suena la nueva,
se habla doquier con gozo o vituperio
de mi llegada, espárcese ligero;
llenan mis naves ínclitos guerreros
que a “sostener la patria” todos claman
y el eco de esta voz llena los vientos.
El entusiasmo, la alegría, el gusto,
hacen latir a los marciales pechos.
Pero sabiendo que este hermoso Estado
yacía presa de un tirano inepto,
forzoso era salvarle. Enderezamos

nuestras picas aquí, cruzando riesgos.
Expulso el monstruo, roto ya el yugo,
derogados sus bárbaros decretos,
de la alma paz los frutos deliciosos
libre y tranquilo ya disfruta el pueblo.
Y unido a los Estados sus hermanos
será de la Nación otra vez miembro.
¿No, general Saravia?

SARAVIA: Es innegable
que desunido como se halla el Centro
no puede ser feliz. La fiera saña
de la nobleza, cuyo plan perpetuo
es dividir para mandar el odio
implacable y terrible hacia los pueblos;
ese prurito infame y detestable
de someter la patria al extranjero.
Los avances britanos, todo, todo
demanda a tanto mal pronto remedio,
pero éste se halla lejos todavía . . .

MORAZAN: Hemos ya dado el primer paso. ¿Y esto
no es un feliz auspicio?

SARAVIA: Considero
que el primer paso lo hemos dado en falso.

MORAZAN: Ese es un débil y pueril recelo.

SARAVIA: Creedme, señor, el pueblo es muy mudable,
inconsecuente y débil en extremo,
fácil de seducir, sin fe, sin luces;
al alboroto y novedad propenso.
Lo que ayer adoró, hoy aborrece;
lo que más respetó lo da al desprecio.
Y seducido por sagaces lenguas,
y de promesas y esperanzas creído
con que le halagan los secuaces viles
del tirano decaído, no previendo
que a las cadenas se le arrastra, escucha
y secunda aún el plan de sus prosélitos.

Dos veces asaltarnos han querido
y se preparan a motines nuevos.
Las partes que se os dan, el malicioso
aviso del caudillo que han electo,
esa inquietud que muestran sus semblantes,
esos tumultos —el rumor del pueblo—
indican, sí señor, para otra alarma
un nuevo y pronto asalto los intentos.

MORAZAN: Ellos se estrellarán cual en las rocas
las olas de la mar.

SARAVIA: Mas con el tiempo
las rocas cederán. Y es más prudente
cortar raíz y mal que entretenerlos.
Vuestra suma indulgencia y tolerancia
les autoriza a repetir excesos.
Y la justicia manda se castiguen
en bien del hombre honrado. A los perversos
las leyes los condenan. ¿Hasta cuándo
cobrarán su vigor?

MORAZAN: No, yo más quiero
que me llamen injusto si perdono,
y si castigo sentiré ser recto.

ESCENA SEGUNDA

Los dichos y Villaseñor

SAGET: (haciendo un saludo con la cabeza)

MORAZAN: Sentaos, Generales, y decidme
¿habéis las nuevas tramas descubierto?

VILLASEÑOR: Por partes y noticias que me han dado
tienen algunas armas y pertrecho
y una tercera tentativa intentan;
mas ya expedí mis órdenes. Muy luego
se verá el resultado.

MORAZAN: Mas decidme

¿en qué estado las causas de los reos
de las dos asonadas, ya se encuentran?

VILLASEÑOR: Van a ser sentenciados.

MORAZAN: Pues yo quiero
pongáis en libertad los que aparezcan
que ya por seducción o ya por miedo
el plan hayan seguido, y que no juzguen
según la ley los otros. Yo prefiero
al castigo, el perdón.

VILLASEÑOR: Y yo antepongo
por el deber y en bien del mismo pueblo,
el perdón a la ley. Cuando por suerte
o por un acto primo o bien de intento
se comete una falta, es necesario
ver con blandura al miserable reo,
moderar su castigo, lastimarse
de su suerte infeliz; mas un perverso
dos veces perdonado y que reincide...
¿y contra quién? Contra el que muchos riesgos
ha atravesado por salvarle ¡dioses!
de su baldón y sus pesados hierros.
Ese debe morir. Es un ingrato,
un indigno, un infame... Mas deseo
ir a cubrir los puntos, y las guardias
doblar. (Parándose).

MORAZAN: (A Saget)... Quedaos más otro momento (Le hace seña
con la mano)
Vos, General Saget, decidme ¿Busca
el General Rascón a los que huyeron?

SAGET: ... Los partes que sobre esto he recibido
los he comunicado al Ministerio.
Jiménez, el caudillo, con sus cómplices
se embarcaron y el rumbo dirigieron
a Chiriquí. Rascón sigue sus pasos
y tal vez los capture. Los perversos
tarde o temprano pagarán su crimen.

MORAZAN: Son compasibles, míseros fragmentos

de un completo naufragio. Exhalaciones
de una luz falleciente. ¡Pobres necios!

SAGET: Esa es mucha verdad; pero la chispa
de una antorcha expirante hace un incendio.

MORAZAN: Id, General Saget, que en los cuarteles
la vigilancia se redoble. Espero
que como acostumbráis, seréis activo
esta vez.

SAGET: Yo parto en el momento
a registrar los puntos do el peligro
amanece mayor. Cien calvareños
me bastarán contra dos mil esclavos.
Entre triunfar o perecer no hay medio.
(Haciendo cortesía) Voy, con vuestro permiso. (Vase.)

ESCENA TERCERA

Morazán-Villaseñor

MORAZAN: Vos, General en Jefe, a quien se debe
por vuestro patriotismo y noble esfuerzo
gran parte de la suerte de este Estado,
que uniendo vuestra hueste a mis guerreros
le diste al tirano un mortal golpe.
Yo por la parte mía os agradezco
tan relevante bien, y por la Patria
que premiará vuestros heroicos hechos.
Sí, sí, cuando ella llame a los valientes
que de Nación los timbres le volvieron;
y reconozca en vos aquel caudillo
que ahorró de sangre un cruel derramamiento,
y coadyuvó a su bien Sí, caro amigo,
os premiará cual debe.

VILLASEÑOR: Los recuerdos
de servir bien a mi adorada Patria
serán mi única gloria y alto premio.
No apetezco yo más.

MORAZAN: Las almas grandes obran siempre cual vos, y si un momento la envidia y la calumnia encrudecidos persiguen a los héroes, es el tiempo su justo vengador como aquel astro que una nube cubrió, reapareciendo brilla mejor y eternamente luce; tal es el lustre de un patriota. El cielo será testigo de la noble idea que me propongo por mi patrio suelo. Sólo su gloria busco, verle libre de la coyunda de esos nobles fieros, impedir los avances que en sus costas hacen los ambiciosos extranjeros. En fin, mi anhelo y mis conatos todos se dirigen tan sólo a estos objetos, que han sido siempre el móvil de mis actos desde que al campo o gabinete llego. ¿Veis cual el diente de la atroz calumnia muérdeme impío? ¿Veis el vilipendio con que mi nombre ultraja, y la injusticia con que se premian todos mis esfuerzos? Peor suerte y peor destino han de aguardarme; tal vez la muerte, pero nada temo. Viva mi patria y muera yo, y el mundo júzgueme como quiera.

VILLASEÑOR: Esto está impreso también en mi alma. Mas llegará un día de desengaño. Entonces gozaremos de aprecio y de cariño. Mientras tanto voy, señor, a revisar los cuerpos. (Vase.)

ESCENA CUARTA

Los dichos, menos Villaseñor

SARAVIA: (Presentando un memorial.) Señor, la esposa de uno de esos viles

que existen en prisión, pide al Gobierno su libertad.

MORAZAN: Decrétese y que vayan
la paz a disfrutar.

SARAVIA: Pero a lo menos
la Fiscalía informe en este asunto,
porque luego querrán los otros reos
igual gracia gozar, y de este modo
inútil es tomarlos.

MORAZAN: Compadezco
la triste humanidad que me suplica.
Pedid, pues, el informe.

ESCENA QUINTA

Los dichos y Lazo

MORAZAN: (A Lazo, que hace una reverencia) ¿Qué tenemos
Coronel Lazo? ¿Traéis alguna nueva?

LAZO: (Entregando un papel cerrado) Mi General, el santo.

MORAZAN: (Leyendo) Lo veremos:
“Valientes - Velemos - por la Patria.” (Quédase pensativo)
Id, pues, Coronel Lazo, id a hacerlo.
Id a velar por esta santa Patria
que algo nos cuesta ya.

LAZO: Mas yo prometo
que más ha de costar a los malvados
que sueñan con los yugos y en los hierros.
Voy, con permiso. (Vase).

ESCENA SEXTA

Los dichos, menos Lazo

SARAVIA: Lazo es siempre el mismo.
El tiene un alma y corazón de fuego.

MORAZAN: (Entristecido) Una idea terrible me fatiga.
El General Angulo que con pliegos

y suficientemente autorizado
para entablar la paz con el gobierno
nicaragüense, ha vuelto de la nave
sin arreglar con él ningún convenio.
Y ni siquiera tuvo una entrevista.
Esto contrista mi alma hasta el extremo.
La negativa de aceptar mis pactos
de Nicaragua el Director Supremo,
paraliza mi plan y se retarda
el día venturoso que deseo.
Si Nicaragua deponiendo el odio
que a mis principios tiene, entrara en ellos,
mucho se adelantara. Es ese Estado
de los de Centro América el primero
que debe prosperar. En la apertura
de su canal oceánico yo veo
las inmensas ventajas que reporta,
ya por su industria y por su activo genio,
por la viveza de sus habitantes,
por la feracidad de su terreno;
y porque la Natura le ha llamado
a ser feliz brindándole los medios
de prosperar. Mas sin nación no hay nada,
no hay quien tome interés en promoverlo.
Y entre tanto ya fija sus miradas
sobre sus costas ¡ay! el extranjero
que un instante no cesa en acecharnos.
¡Fatal desgracia! ¡Triste desconsuelo! (Con tristeza.)

SARAVIA: Pero esa idea a mí no me acobarda.
Como del Centro todos los gobiernos
se han coaligado ya contra nosotros,
es muy justo recelen acogernos
sin anuencia de todos Otra cosa
también hay en el caso. Los proyectos
vuestrós ignoran, y por tanto os niegan
por esta vez su expreso asentimiento.
Cuando se desengañan, me parece
que nuestro plan adoptarán sinceros.
Lo que a mí me aflige y desconsuela

es de este Estado el cierto descontento.
Eso si que destruye mi esperanza
y me abate.

MORAZAN Eso no. ¿Visteis el pueblo
cuando a romper vinimos sus cadenas
embriagado de gozo hasta el exceso
llenando el aire con alegres vivas,
pintando en sus semblantes el contento
y maldiciendo la fatal memoria
de su tirano y su anonadamiento?
Este pueblo es muy libre.

SARAVIA: Y muy voluble.
Mi dicho lo acreditan sus esfuerzos
por restaurar el yugo, y lo confirman
sus nuevas tentativas. Yo presiento
una horrible catástrofe.

ESCENA SEPTIMA

Los dichos y Villaseñor

MORAZAN: ¿Qué ha habido?
¿Sigue acaso el motín y el movimiento?

VILLASEÑOR: Está ya preso el cabecilla. El monstruo (Sentándose)
de traición y maldad. Oficial nuestro
es el caudillo, el mismo que avisara
haberle los malvados descubierto
el plan de asalto y ofrecerle el mando
de la fatal empresa, y él fingiendo
fidelidad con dobles intenciones
os avisó y aún pidió consejos.
Vos creísteis su falsía y le mandásteis
aceptara y fingiera ser con ellos
y que de todo os diera parte. El quiso,
a modo de ficción, llevar a efecto
la ejecución del plan, y muy de veras
lo ejecutara si un feliz suceso
no frustrara sus pérfidas ideas.

Se le tomó infraganti y en un puesto
que fue su peor testigo, entre la casa
del enemigo nuestro más acérrimo,
con gente armada y ya dispuesta a todo.
Lo sorprendimos, titubeó, perplejo
no hallaba qué decir; pálido el rostro,
el cuerpo tembloroso y sin sosiego...
Ya quedó en la prisión.

MORAZAN: ¡Traición horrible!
¡Que se le juzgue y haya un escarmiento!

SARAVIA: Y no querías creerlo... entre traidores
vivimos todos cada instante expuestos.

MORAZAN: Decía verdad; pero no más piedades
que nunca mueven los indignos pechos.

VILLASEÑOR: Quiero dictar las órdenes precisas
para que nadie escape.

MORAZAN: Os recomiendo
orden y disciplina en nuestra tropa;
que no se veje a nadie y que severo
se castigue al que falte aun levemente.

VILLASEÑOR: En nada habrá desorden, lo prometo. (Vase.)

ESCENA OCTAVA

Los dichos, menos Villaseñor

MORAZAN: ¿Qué acordó la Asamblea en el reclamo
del almirante inglés, sobre el adeudo
de este Gobierno al súbdito británico?

SARAVIA: Lo que se ha contestado hace algún tiempo:
Depositar la suma que se cobra
en manos que merezcan su concepto,
ínterin que la deuda se liquida;
porque bien puede ser íntegro y recto
el reclamante; mas su sólo dicho
no es suficiente prueba.

MORAZAN: Por supuesto,
contestad eso mismo al almirante,
y dejen de amenazas y bloqueos;
que el Derecho de Gentes desconoce
tan bruscos proceder y manejos,
y solamente puede autorizarlos
la desunión en que se mira el Centro.
He aquí el motivo que me mueve, amigo,
a procurar de esta nación los fueros,
y he aquí las obras de esos nobles pillos
por derrocar el Nacional Gobierno.
Cada instante se palpa la precisa
necesidad de unirlos en un cuerpo
de Nación, mas...

ESCENA NOVENA

Los dichos, Villaseñor y Saget

VILLASEÑOR: Señor, terribles nuevas . . . (Siéntase.)

MORAZAN: ¿Qué ha sucedido? ¿Se ha movido el pueblo?

SAGET: *No es el pueblo, señor, otra noticia (Siéntase.)
 más importante...*

MORAZAN: ¿Se ha tomado el puesto
 el almirante inglés?

VILLASEÑOR: Peor todavía:
 Rivas, el General, ha sido muerto.

MORAZAN: (Se mantiene en actitud de sorpresa y espanto)
 ¿Y qué accidente le quitó la vida?
 Hablad, por Dios, que el crudo sentimiento
 me acaba ya...

VILLASEÑOR: Señor, os lo suplico.
 El coronel Angel Molina, siendo
 comandante en Bagaces, adoraba
 a una joven sin fe. Ella le amaba

y le ofreció su mano en himeneo,
mas luego retractando su palabra
a su amante infundió rabiosos celos.
Este convidó algunos sus amigos,
y se la roba a ella en el silencio
de una lóbrega noche... Ella se escapa
porque su hermano tuvo un fuerte encuentro
con el raptor, y Rivas noticioso
manda prender los cómplices del hecho.
Reunió Molina veintidós soldados,
a Guanacaste penetró con ellos,
y como él fuera el General poco antes
de todo aquel fatal Departamento,
y Rivas por su grado sucedióle
quedando ya Molina subalterno,
celoso de la joven porque creía
que amaba a Rivas, de furor poseído,
de celos y de envidia enajenado,
al querer Rivas preguntar qué objeto
le obligaba a llegar con tropa armada.
Oh, suceso fatal! (se enjuga los ojos) Infame pueblo!

RAZAN: (más espantado) ¿Qué se alarmó también? Seguid amigo,
Dí, Gral. Saget, ¿se alarmó el pueblo?

3ET: No se alarmó, señor, Rivas pregunta
el quién vive al tumulto, y respondiendo
Molina "Nicaragua" una descarga
le hace también, y Rivas defendiendo
su propia vida atravesó su espada
la caña de la mano y brazo diestro
a Molina. Manda este asesinarle,
y aun con cuatro balazos, Rivas diestro
se defendía; mas catorce heridas
que recibió después, oh sentimiento! (Se enjuga.)
(quedan todos inmóviles y después sigue.)
Molina, General se ha proclamado,
y se lo ha consentido infame el pueblo.
Os pide garantías por su crimen

o que se sostendrá, dice este pliego. (Poniendo el pliego en la mesa.)

MORAZAN: (Con furor y sorpresa) ¿Rivas murió? ¿Molina su asesino?
¿Y pide garantías? ¿Será cierto?
No, no lo creo, amigos. ¿Quién lo ha visto? (Siempre con suma admiración.)

SAGET: El mismo conductor de aqueste pliego nos ha pintado el cruento asesinato.

MORAZAN: ¿Y cómo pudo consentirlo el pueblo?
No lo creo aún...

SARAVIA: Señor, esta es la firma del asesino.

MORAZAN: (Viendo el pliego) ¿Y vive el monstruo horrendo?
¿Garantías reclama? Ah, la muerte es su mejor garantía y el infierno sólo podrá librarle de mis iras.
¿Perecerá el infame! En el momento haced. Villaseñor: que todo el cuadro de oficiales y más de cien calvareños del Salvador se apresten a la marcha a dar las garantías al perverso.
Que Saget los comande y que Cabañas en Alajuela aguarde otro refuerzo de infantería, y ambos Generales vayan a castigar crimen tan negro.

VILLASEÑOR: Voy a dictar mis órdenes al caso. (Se para.)

MORAZAN: (A Saget) Saget, confío en vuestro activo genio, que al criminal tan sólo se escarmiente, y que no sufra vejación el pueblo, aunque tan fríamente ha permitido ejecutar asesinatos.

SAGET: De eso No hay cuidado, señor, parto al instante. (Vase.)

ESCENA DECIMA

Los dichos, menos Villaseñor y Saget

MORAZAN: (Después de estar un poco pensativo y con despecho paseando por la escena). No lo creo aún, amigo, no lo creo...

Bien puede ser estratagema urdida
por nuestros enemigos encubiertos,
para que se divida nuestra tropa
y asegurar mejor otro proyecto
de salto, y esto más probable se hace
cuanto que ya hemos visto sus intentos.
Que salga la fuerza...

SARAVIA: Es necesario
que os persuadáis, señor, el hecho es cierto.
La firma del autor, el amor fuerte
que a la joven tenía, su himeneo
burlado; la ojeriza siempre oculta
a Rivas por quedar su subalterno,
sus celos, todo en fin nos lo confirma.

MORAZAN: (Con ternura) Mas por causas que sólo entre los pechos
de salvajes pudieran anidarse
¿haber asesinado aquel guerrero?
Un hombre cuyo genio siempre humilde,
siempre apacible y siempre placentero,
un héroe tan valiente, tan honrado,
en sus deberes íntegro y experto;
un hombre, en fin, humano, generoso.
Ah, inaudita maldad! Mas yo protesto (con furor)
que será bien vengado, y que su muerte
será un motivo para que en mi pecho
reine el encono que jamás pudiera
por otra causa hallar asilo. El cielo
vengador justo de los buenos hombres
—ese cielo divino y justiciero—
tronará, y en su enojo el mundo todo
temblará pavoroso. El Ser Supremo
descargando sus rayos vengadores

en la cabeza vil de los perversos
asesinos de Rivas, indignado
sumergirá sus almas al averno.

-TELON-

ACTO II

El teatro representa un salón de la Comandancia del Puerto medianamente decorado con una mesa y recado para escribir, y algunas sillas y un antejo de larga vista colgado

ESCENA PRIMERA

Aparece Saget sentado y Milla de pie

Saget-Milla

SAGET: Señor Teniente coronel, sentaos,
a lo que os digo y voy a instruir, ten cuenta.
Yo mando en la Orden General del día,
cómo ya lo sabréis, que déis la vela
hacia el puerto primero y más seguro
del Guanacaste; y pues que la marea
y del estero el viento favorable
va a comenzar; la expedición apresta,
Ocho oficiales llevaréis con ellos,
tomad alguna embarcación ligera.
Se os dará el dinero suficiente
para sustentación y cuanto ordenan
las instrucciones reservadas, cumple.
Necesario es guardar mucha cautela,
orden y vigilancia. Sagazmente
averiguar con la mayor modestia
del triste General Enrique Rivas
el cruento asesinato, y con reserva
dad la orden de prender a los culpables,
todo requiere prontitud extrema.
Y en cuantas dudas se os ocurran, siempre
mis instrucciones consultad. En ellas
encontraréis los medios necesarios

para obrar con acuerdo y entereza.
Yo quedo esperando órdenes. Muy pronto
con mi tropa me haré a la vela
para el punto que a mí se me designe.
Os diré cuanto ocurra. Estad alerta.
Aguardad vos las mías, y ni un punto
os separéis de lo que mande en ellas.
Ve, pues, pedid el bote, y que se apere
de agua y abasto, y que el embarque sea
cuando la virazón comience y suba
el nicoyano estero.

MILLA: Mi obediencia
fielmente cumplirá con eficacia
cuanto en las instrucciones se me ordena.

ESCENA SEGUNDA

Los dichos y Cordero

CORDERO: (Haciendo una pequeña cortesía). ¿Qué aguardamos?
el tiempo es favorable,
el cielo está sereno, y la marea,
que hace algunos minutos ha empezado,
sube lo necesario. En la presteza
consiste de las cosas el buen éxito
de la variable militar carrera.

SAGET: Idos pronto, y que os conduzca el cielo.

MILLA: Señores, con permiso. (Vase.)

ESCENA TERCERA

Los dichos, menos Milla

SAGET: Contingencias
acaecen en el mundo, que en las cosas
suele tener muy poderosa influencia.
(Con ira.) Ese fatal, terrible asesinato
de nuestro compañero, esa clemencia

con que ha tratado el General los viles
esclavos de Carrillo. Esa insolencia
en repetir sus bruscas tentativas.
Esa separación de nuestra fuerza.
Ese indultar continuo, y tantas cosas
que acaecen diariamente me consternan,
me disgustan, resienten.

CORDERO: Y me enojan,
y me llenan de rabia. Mis ideas
jamás propenden al rigor, mas quiero
se castigue el delito cual merezca.
Las leyes militares son muy rígidas,
pero coartan el mal desque se muestra.
Cada delito, cada leve falta
lleva bien señalada ya su pena.
Y es bien sabido que en las ordenanzas
quien sedición o algún motín intenta
la pena es pasarlo por las armas.
Las ordenanzas rigen nuestra fuerza
y sin embargo ya van tres facciones
que contra nuestras armas se fermentan,
más de sesenta reos motineros
que más de tres indultos los alientan
a continuar sus sediciosas miras;
así nunca acabamos esta faena
Prenderlos e indultarlos todo es uno...

SAGET: El mundo así jamás se regenera.
Es perder a los buenos perdonando
a los malos, que jamás se enmiendan.
Increíble es la perfidia de esos monstruos,
los más infames que ese sol calienta.
Un pueblo que yacía sojuzgado
arrastrando sus bárbaras cadenas,
a quien le era prohibido lamentarse,
que vivía sumido en triste mengua,
que sufría unas leyes ominosas,
juguete del capricho del más déspota
que penetraba en el hogar doméstico

con sus desatinadas providencias.
Un pueblo, en fin, esclavo y miserable,
que jamás su vil yugo sacudiera,
si a romperlo no hubiésemos venido,
sufriendo mil disgustos y mil penas...
Aborrecer a sus libertadores! (Con admiración.)
CORDERO: Y cometiendo así doble vileza
de unirse a aquellos mismos que apetecen
al yugo uncirles con mayor dureza.
Ese sí que es insecundable ejemplo
digno de compasión. Nunca esa afrenta
de la Guinea manchará la historia,
que a otros esclavos causará vergüenza.

ESCENA CUARTA

Los dichos y un ayudante

AYUDANTE: (Quitándose el gorro). Señor, se mira
un buque en la bocana.

SAGET: Haber, pues, el antejo. (El oficial va a
descolgarlo a donde se le señala). (El
oficial da el antejo a Saget).

CORDERO: Con presteza. (Se acercan a los bastidores
y el oficial atrás. Saget le saca y mira.)

SAGET: Es el Cosmopolita. Prado viene
ya de su comisión. (Dando el antejo a Cordero.)

CORDERO: (Con pausa). Y a toda vela.
Y parece que trae mucha gente.

SAGET: Es la tripulación.

CORDERO: ¡Qué bien navega! (Tomando el antejo.)

SAGET: Es buen buque el de Mr. D. Iriarte,
(con sonrisa burlesca, mira y ciérralo pronto)
de mala construcción pero la pega.
Dejemos que se acerque. Está muy bueno.
Avisen de cualquier buque que venga (al oficial)

dándole el antejo que vuelve a poner en su lugar)
pues qué triste la muerte de la patria!
Y mientras tanto sigue la nobleza
tomando por motivos nuestras armas,
sembrando la discordia por doquiera.
Un buen pretexto tiene ya, y los pueblos
se dejan engañar con imprudencia.
No advierten que los males de la patria
ella los causa y los repite cruenta.

CORDERO: Me irrita de esos nobles la perfidia,
la ceguedad estúpida del pueblo
y la suerte futura de la patria.
(Con energía.) De esta adorada patria me atormentan
los avances ingleses en las costas
del Norte, y nuestra desunión interna.
(Con desenfado) Pero en fin, veremos qué resulta...

SAGET: Nada bueno por cierto; la protervia,
que la bondad, pudo más siempre y vemos
de ese fatal destino la certeza.

ESCENA QUINTA

Los dichos y el oficial

OFICIAL: (Como antes) Ha fondeado ya el buque
. Pues iremos (Parándose)
al reconocimiento. Yo quisiera (a Cordero)
me esperáseis aquí un breve rato.

CORDERO: Con mucho gusto, id en hora buena. (Váse Saget y el oficial.)

ESCENA SEXTA

Cordero, solo

CORDERO: (Paseándose) Difícil situación. Patria querida
que llenas mi alma de mortal tristeza.
¿Cuándo será ese día venturoso
en que mis ojos plácidos te vean

poderosa ostentar todos los timbres
de la industria, las artes y las ciencias?
Contener los avances extranjeros,
gozar en paz de todas las riquezas
que vuestro fértil suelo te produce.
(Con energía). Sí, llegará ese día, ojalá sea,
puedan mirar su luz, aunque postrera
pero mi vida. Esta esperanza sola
reanima mi infeliz, cruel existencia. (Pausa.)

ESCENA SEPTIMA

El mismo y el oficial

- OFICIAL: Señor, se dice que unos extranjeros
que en este mismo puerto se aposentan,
premeditan tomarse vuestras naves.
- CORDERO: Tomad un bote pronto y esa nueva (Alterado)
al Coronel Saget llevadla.
- OFICIAL Parto,
mi General, a bordo.
- CORDERO: Y que se venga,
decidle al General, mientras yo quedo
dictando en este asunto providencias.
Llamadme otro ayudante.
- OFICIAL: Sí, Señor. (Vase).

ESCENA OCTAVA

Cordero, solo

- CORDERO: Es imposible ya tener paciencia.
Esto es insoportable, cada día
(Queda pensativo) nuevos motines y traiciones nuevas.
(Pausa larga)
.....
.....
(Levantándose con furor.)

todos los botes, lanchas y piraguas,
falúas y chalupas, aquí cerca,
y los bongos y esquifes. Que los guarde
con mucha vigilancia un centinela.
Este es el paso principal, veremos
con que a tomarse nuestro buques llegan.

CORDERO: Voy al punto a que todo se ejecute. (Vase)

ESCENA DECIMA

Saget, solo

SAGET: ¿Qué hado fatal, qué rigorosa estrella
presidirá la suerte de la patria?
(Con tristeza) Cuando mil esperanzas halagüeñas
de regeneración, de paz y de orden
me prometía, y cuando pareciera
reanimarse otra vez en la República
el principio vital, mortales señas
manifiesta doquier. Ni un intervalo
de calma ni de bien, tiene esta América.
Sus fieles hijos su esplendor procuran,
y tan sólo verían en la senda
que hacia la gloria debe conducirlos.
Empero tienen intenciones rectas,
y que reunidos todos la descubran
y salven los escollos sólo resta... (Pausa)
(Con impaciencia). Esa nobleza vil que en todos tiempos
a este país ha causado mil miserias,
insensible a su ruina, siempre ufana
en procurarle el mal, contraria eterna
del civismo; jamás omite medios
de consumir sus bárbaras ideas,
de mantener al pueblo en la discordia
para atarle algún día las cadenas
de negra esclavitud. Empero juro (con energía)
que mientras gire el Sol por esa esfera,
no logrará su plan de enseñorearse
de mi patria adoptiva. Sus cabezas
caerán primero y con su hedionda sangre

regarán esos campos, y tal riego
producirá las venenosas plantas,
las ásperas ortigas y malezas
do habitarán tan sólo las serpientes
y animales mortíferos. La eterna
llama de patrio fuego que en los pechos
de los ínclitos hijos de esta América,
en todos los Estados arde pura;
esa llama divina en que se incendia
también el mío, en el altar sagrado
de libertad, renacerá más bella.
E inflamando las almas generosas
de los buenos patriotas, la protervia
de esa nobleza infame consumiendo,
y sepultando al báratro las teas
de la fatal discordia, un grato día
darán de paz a todo Centroamérica,
Ah! Qué idea tan dulce y seductora...
Qué esperanza tan grata y lisonjera
pueda algún día verse realizada. (Pausa y música breve)

ESCENA DECIMOPRIMERA
Saget, Cordero.

- SAGET: ¿Qué nuevas traes General amigo?
- CORDERO Que la justicia su castigo clama
(sentándose) y esto a los reos solamente.
- SAGET: Pues ¿qué tan brevemente los hubisteis?
¿Qué ha ocasionado tanta ligereza?
- CORDERO: El infiel que trajo el Ayudante,
y el sumario seguido prestan pruebas
más que legales, y al instante mismo
de haberlos leído, para que los prendan
di la orden necesaria. Un italiano
de apellido Jourdain es el cabeza
y promotor del plan, un dependiente
del español Giralt y otros secuaces,
son los que hasta hoy se han descubierto.
Suenan voces de que hay a bordo un reo
de la asonada que hubo allá en Heredia,

quien no sé de qué modo y por qué medios,
de la Libertadora hará la entrega.
Y este otro Bergantín, el Orbeyoso,
ha fondeado en la rada con la idea
de auxiliar al asalto. Mas cortado
está todo el proyecto.

SAGET: Que los metan
a todos en un bongo y que los boten
en la isla de San Lucas, con presteza
antes que el puerto infesten. Ayudante! (Llamando
en voz alta)

ESCENA DECIMOSEGUNDA

Los dichos y el ayudante

AYUDANTE: Mande, mi General.

SAGET: Un bongo apresta,
y que una escolta, a la isla de San Lucas
lleve todos los reos, ligereza
os recomiendo en todo.

AYUDANTE: Con permiso (Vase.)

ESCENA DECIMOTERCERA

Los dichos menos el ayudante

SAGET: Los malvados jamás tienen enmienda
y hay tantos en el mundo, que al sentirlos
(con sonrisa) el averno también se estremeciera.
Todo está quieto ya, según entiendo.
De aquí a un instante ocurrirá otra nueva,
porque la suerte, a mi entender, procura
el que vivamos sí, bajo su férula.

ESCENA DECIMOCUARTA

Los dichos y otros ayudantes

AYUDANTE: Un oficial, señor, con una escolta
hacia este puerto en este instante llega.

Trae dos prisioneros, y uno de ellos
el coronel Angel Molina.

SAGET:

..... Vuela.
Que separados queden en prisiones
con guardia doble y con los centinelas
necesarios. Que vaya a los cuarteles
o al principal ínterin se contesta.
A descansar la escolta. Y que los pliegos
que el oficial conduzca, lo que sea,
(Se va el ayudante. Pausa.) os lo entregue, y volved.

ESCENA DECIMOQUINTA

Los dichos menos el oficial

CORDERO:

..... Cambióse el cuadro.

SAGET:

Ahora me aflige una muy triste idea.
El padre honrado de este tierno joven,
anciano venerable, cuyas prendas
y elevado talento lo distinguen,
que muchos infortunios padeciera
por nuestra santa causa y le ha prestado
importantes servicios, desde la era
en que por los esfuerzos de otros muchos
la patria conquistó su Independencia.
Ese anciano, repito, respetable,
habrá sufrido una mortal afrenta
por el crimen del hijo, y fea mancha
que ha hecho sobre su nombre.

CORDERO:

..... La imprudencia
de los hijos arruina a muchos padres,
sin que en sus hechos leve parte tengan.
Los ejemplos son muchos que acreditan
esta triste verdad, mas fuera inmensa
la multitud de malos si las leyes,
considerando a un padre, consintieran
la impunidad del hijo delincuente.
No habría sociedad y todo fuera
matanzas y exterminio. Ay, de los hombres!

Qué vida pasarían tan expuesta!
Espinoza, un General tan sabio,
mil veces aplicó con elocuencia
el literal sentido de las leyes,
esa es su principal sublime ciencia
y entre los criminales agriamente
al asesino es a quien más detesta.
Quitar la vida a otro hombre. Qué delito
tan digno de las penas más severas;
con su brillante estilo califica
al asesino por terrible fiera
destructora y voraz, del que los hombres
debieran huir cual de una cruda hiena.
El los grados explica sabiamente
de los delitos y con dignas penas.
Y este es un crimen tal que en todas partes
a su autor a morir se le condena;
a más de que las leyes militares
ningún refugio al asesino dejan.
Hay muchas circunstancias, agravantes.
Asesinar a un jefe es una de ellas,
sublevarse contra él y proclamarse
por General, o que hace resistencia.
El asesino, no señor, no debe
vivir entre los hombres. Es clemencia
arrancarle una vida perniciosa
para que el hombre honrado vivir pueda.
Retirado, cual véis, en su aposento,
sin que a esas playas asomarse quiera
ni a las conversaciones que tenemos.
Contínuamente estudia y muy de veras,
cuanto Espinoza dice, premedita.
Y no hay un sólo caso que le absuelva,
ni un sólo autor que en su favor alegue.
Si el mismo padre le juzgara diera,
siendo parcial, su parecer a muerte.

SAGET:

Y yo convengo, porque la clemencia
que al malo se le tiene perjudica
y alarma, sí, la sociedad entera.

Las leyes le condenan sabiamente;
pero lo que yo digo es que me pesa
que ese hijo infame cause a su buen padre
baldón tan grande, tan atroz afrenta.

ESCENA DECIMOSEXTA

Los dichos y el ayudante

AYUDANTE: Todo se ha ejecutado cual mandásteis.
Los pliegos aquí están.

(Entrega un paquete que abre Saget y uno como sumario
y una comunicación que lee en silencio. El
ayudante estará en pie, retirado, y pausa.)

SAGET: El lo confiesa,
(A Cordero y con el sumario
en la mano) no ha negado su crimen, y las leyes
irremisiblemente lo condenan.

(Dando el sumario a Cordero, que lee).

(Al ayudante): ¿Y no habéis preguntado de qué modo
lograron aprehenderlo?

AYUDANTE: La estrategia,
según el conductor ha referido,
ha sido muy sagaz. El pueblo que era
consentidor del crimen, se acobarda,
teme un justo castigo y delibera
el modo de evitarlo. Se conviene
entre algunas personas la manera
de conseguirlo. Ponen un sarao
a Guerrero y Borbón con preferencia
convídanles por cómplices del hecho.
Ellos asisten. Suena ya la orquesta.
Después de algunos bailes y tocadas,
de varias cosas con placer conversan.
Llaman luego a Guerrero hacia otro cuarto
para brindarle, quien concurre y entra,
y estando separado de sus armas

las toman otros y al instante cercan,
y con la prontitud del rayo amarran
a él y a Borbón. Conclúyese la fiesta,
y con una señal ya convenida,
prenden en su morada do estuviera
Molina enfermo de su herida. Mandan
a éste y Borbón al punto, y con presteza
fusilan a Guerrero, a quien temían
por su valor o su alma tan perversa.
Así todo pasó.

CORDERO:
(A Saget.) Pues ya debemos
el consejo reunir, y que éste vea
lo que deberá hacerse de los reos.

SAGET:
(Llamando al
ayudante) Escribid la orden, y poned en ella
los Generales y los Coroneles
que deben componerlo, y éstos sean.
Yo como presidente, y Generales
Espinoza y Cordero. Que se vean
en el escalafón los Coroneles
Bonilla y Orellana, y los que deban
por el orden seguirles. Que concurra
el cuadro de oficiales.

(Escribe y pausa.)

AYUDANTE: Ya está puesta.

(Se para Saget y la firma.)

SAGET: Ved a comunicarla en el momento,
que el defensor extienda la defensa

(Dando el sumario al ayudante)
lo más pronto posible.

AYUDANTE: Marcho pronto.

(Vase.)(Pausa.)

ESCENA DECIMOSEPTIMA

Los mismos, menos el ayudante

SAGET: Pardo debe marchar porque es de urgencia y antes que el alba rompa es necesario que de su comisión vaya a dar cuenta.

CORDERO: ¿Y qué dice de nuevo?

SAGET: No llevaba orden de desembarque. No hay más nuevas que las que aquí tenemos diariamente.

(Se oye tocar orden general con una corneta, la que se repite por un tambor.)

(En voz alta) Un ayudante aquí. Haced que venga Molina y quede en tanto se le llama en el Consejo, que los centinelas

(Al ayudante que sale en silencio)

y otro ayudante, o vos sobre él vigilen.

(Vase el ayudante)

(Después de una pausa)

El que manda, un instante no sosiega.
Hay tantas cosas que arreglar, y tantas son, ay, las atenciones que nos cercan, que yo no sé por do empezar Fortuna para nosotros es la gran presencia del sapiente Espinoza, cuyo ingenio penetrados nos saca de tinieblas. Fuerte en la lid y sabio en los consejos, él preside elocuente la Academia Militar, y afable, sí, y blando siempre fácil explica y la ordenanza enseña. Hay que alistar las naves; la fragata es necesario que se saque fuera del estero, las lanchas y los botes

deben calafatearse; hacer las tiendas para campaña; abastecer los buques; pasar revista a bordo y aquí en tierra disciplinar la tropa; y otras cosas importantes también, todo de urgencia.

CORDERO: Saliendo del Consejo dispondremos lo que se debe hacer en la materia. Vos como General de la vanguardia, yo como comandante de las fuerzas del Puerto y Litoral del Sur, entrambos algo qué hacer tenemos.

SAGET: Me molesta que ninguna noticia haya venido ya de la capital, y yo quisiera saber la causa de este gran silencio; orden ninguna, ni instrucción me llega. Todo se halla en la calma de un sepulcro, y no sé qué expresiones por ahí ruedan, que son el resultado de la duda en que existimos, aunque bien siniestra. Destacados están en el camino oficiales y tropa y cuando llega algún pliego a sus manos, al momento le hacen pasar y de este modo vuelan. Son ya más de tres días que ninguna noticia tengo, pero haré que venga. Voy a mandar dos jefes que averigüen. en qué está la demora que se observa. Solórzano, Avilés, son aparentes, ellos han de traer razones ciertas. Fuentes que está en Esparza nada dice. Piche allá en San Mateo ni se suena. Pínsón en la garita, en fin, se ignora y es preciso saber... Mas ya se acercan.

(Se oye ruido y entran los ayudantes por la derecha)

¿Ya viene el reo?

ESCENA DECIMOCTAVA

Los dichos y los ayudantes

UN AYUDANTE:

Sí, señor, ya viene.

SAGET: Vamos, amigo, que el Consejo espera.

(A Córdova): Venid también.

(A un ayudante y se van para la puerta izquierda)

ESCENA DECIMONOVENA

(El ayudante, el reo con la mano derecha suspendida por un pañuelo que cuelga del cuello. Los centinelas se colocan, y el reo se sienta y calla un rato. El ayudante toma un asiento)

MOLINA: He aquí los resultados.
(Después de de un loco amor y de la inexperiencia.
una pausa, con Los celos y la envidia (ahora lo veo)
voz lánguida.) sólo producen males... Mi imprudencia
me llevará al sepulcro ciertamente.
No hay una sola ley que me defienda.
Pero, ¿Qué ley podría defenderme?
Asesiné a mi jefe con soberbia,
reclamé garantías... resistime...
traicioné, lo confieso, mis banderas...
Está hecho el mal, pagarle es necesario.
¡Beldad infame! Ved a do me lleva
tu inconstancia y mi amor... Mas no, yo sólo,
sólo soy yo la causa... Si tú eras
una mujer y falsa por lo mismo.
Hiciste tu deber... Haberte, Oh necia,
espantosa pasión, haberte creído.
Ese es mi mayor crimen... No me arredra
el suplicio, no, no...

(Música triste y larga. Pausa y queda pensativo
con la mano izquierda en la frente)

Fatal instante,

Las desgracias a un tiempo aglomeradas
caen sobre nosotros, y la fuerza
del destino más duro y más terrible
nos arrastra a un abismo. Pronto llega (viendo
venir al ayudante a quien llamó)
Ve a investigar sagaz y cauteloso
entre esos comerciantes la certeza
de ese asalto, qué dice a las naves.
Hablad con ellos con indiferencia,
como quien ya su plan ha penetrado.
Observad los semblantes que presentan
y recoged las expresiones todas
que de sus planes den alguna idea.
Id pues.

OFICIAL: Lo haré con el mayor sigilo,
que mi entender y mi prudencia puedan.
(Vase por una puerta y por la otra entra Saget.)

ESCENA NOVENA

Cordero y Saget

CORDERO: Pronto vinisteis, General.

SAGET: Bogada
hacia la nave, cuando un bote llega
y me noticia el ayudante... Juro (pone el gorro
con furia) que al que en mis manos tome saldrá de ellas
al cadalso, sin duda. Es un delito
inaudito y atroz. La ley condena
a muerte al criminal, y con las leyes
cumplir hemos jurado. Faltar a ellas
sería otro delito, y en tal caso
el criminal, según la ley, perezca.

CORDERO: He dado ya mis órdenes, muy pronto
sabremos la verdad. También es fuerza
mandar seguir información sobre esto.
Voy yo mismo a ordenarlo.

SAGET: Y que se tengan

pronto llegad... la vida me molesta...
Asesinatos... muertos... y tormentos
sólo respira mi alma.

ESCENA VIGESIMA

Los dichos y otro ayudante

AYUDANTE: Ya os espera
(A Molina) el Consejo. Llevadle en el instante.

(A los guardias. Los guardias cercan al reo y le conducen
por la puerta izquierda. El oficial vuelve a entrar).

ESCENA VIGESIMAPRIMERA

Ayudante, solo

AYUDANTE: Es cosa triste y dura, mas la enmienda
(Viéndole ir) también es necesaria. ¿Quién no mira
a un hombre en el cadalso sin que sienta
horror y compasión? ¿Y quién deseara
quitarle del suplicio si pudiera,
sabiendo que su vida peligrosa
causaría mil males? Nadie hubiera
que tal cosa intentase. ¡Ah, la memoria
de la muerte de Rivas es muy tierna!
Hombre amable, modesto, cariñoso,
honrado y sin mancilla en su carrera.
Nunca en su pecho penetró el encono,
ni la ambición, ni envidia conociera
su alma virtuosa. No habrá un ser tan solo
que no su asesinato compadezca.
Ha faltado a la patria un fiel soldado,
un defensor valiente a sus banderas.
Su triste viuda, sus pequeños hijos,
perecerán tal vez en la indigencia;
les faltó el dulce apoyo de su infancia,
un padre amante y dulce, su inocencia
a los embates del corrupto mundo
a cada paso, Oh Dios, se verá expuesta.

¿Quién por salvarla velará? La madre
en la viudez, ¿qué hará por sostenerla?
Funesta suerte, desgraciados hijos.

(Breve pausa.)

Pero no desconfiéis, que la clemencia
cuidará de vosotros, sí, la mano
del Ser sublime que en el solio impera
ha de guiar vuestros pasos vacilantes.
Llegará día en que la patria os vea
como madre piadosa. Cuando cese
el influjo feroz de la nobleza,
de vuestro padre el nombre venerado
y apreciado será sin que ella quiera.

(Pausa.)

El Consejo se encuentra ya reunido
y la suerte del reo delibera,
poca penetración se necesita
para poder adivinarla, expresa
la Ordenanza señala ya el castigo
a esa clase de crímenes.

ESCENA VIGESIMASEGUNDA

Dicho, el reo y la escolta y otro ayudante.

(Este hace seña al otro y dice aparte)

AYUDANTE: Ten cuenta
de que nadie le insulte ni atropelle.
En plena libertad el reo queda.

(El otro interrumpiéndole con precipitación y susto.)

EL OTRO

AYUDANTE: ¡Cómo! ¿Por qué milagro? ¿Te chanceas?

AYUDANTE: Si me interrumpes... Libertad la tiene.

EL OTRO: ¿Qué dices? ¿Qué oigo? ¿Será cierto, amigo?

AYUDANTE: Para testar en quienes le convenga.
Por lo demás, doblad la vigilancia.

EL OTRO: Me habías ya causado gran sorpresa.
Así lo haré.

AYUDANTE: Vuelvo a oír disputa. (Vase.)

ESCENA VIGESIMATERCERA

Dicho, el reo antes y muy pensativo

(Música triste por cinco o seis minutos.)

MOLINA: No me asusta la parca horrible y fiera,
(Con languidez) ni me intimida nada en este lance,
lo único que me aflige y me atormenta
es no poder vengarme de esa falsa
y llevar de traidor la mancha fea.
No me arrepiento del crimen... No... eso
agregarle sería la vergüenza
de cobarde. Prefiero yo el sepulcro
a la súplica vil.

ESCENA VIGESIMACUARTA

Los dichos y el ayudante con un expediente en la mano

AYUDANTE: Oíd la sentencia:
(Lee.) El Consejo de Guerra de Oficiales
Generales reunido en esta fecha
para juzgar al reo Angel Molina,
por el asesinato que él confiesa
en la persona del General Rivas,
y de haber traicionado a las banderas
que juró defender; cuyos delitos
agravados están por las horrendas
circunstancias que expresan estos autos;
y como el reo y defensor no alegan
nada que disminuya aquel delito,
pues al contrario el reo lo confiesa
del Juez Fiscal oyendo el pedimento;

y estando la ordenanza, Reales cédulas
y las leyes del país muy terminantes,
condenarle debía y le condena
con plenitud de votos al suplicio.
Que se fusile al pie de la bandera
como traidor, por las espaldas, (firman
los vocales aquí,) ¿ha oído? Besa.

(Besa la sentencia.)

Fírmala pues.

MOLINA: No puedo, estoy herido.

AYUDANTE: Que pondré la razón.

(Siéntase a escribir y acabando hace seña a la tropa
para que lo conduzcan.)

Haced que venga
al cuarto de capilla.

(Le conducen por la puerta derecha).

ESCENA VIGESIMAQUINTA

El otro ayudante solo, paseándose

AYUDANTE: Era indudable
y no podía ser de otra manera
su pobre padre, ¡Oh! ¡Qué hijo tan infame!
¡Qué angustia le ocasiona a la hora de ésta.

(Calla cuando dice llamada, y al concluir sigue).

Ya tocan la llamada: Este es el lance
más triste para un reo. Si no fuera
por el ruidoso horrísono aparato
otra muerte no habrá más dulce que ésta.
pero esos toques el cabello erizan.

ESCENA VIGESIMASEXTA

Dicho, Saget y Cordero sentándose; el ayudante se para.

- SAGET: Nuestro deber hemos cumplido, resta que Dios le juzgue allá. Si la ordenanza en el cielo también creó rigiera no habría apelación.
- CORDERO: Mas nuestros juicios en lo civil y criminal se arreglan a las leyes comunes de aquí abajo. En ellas descansamos la conciencia.
- SAGET: La mía está tranquila, los delitos el mismo Dios su represión ordena. Si quedaran impunes, mejor fuese que a la vida salvaje se volviera la sociedad; pero pues no es posible, cumplamos con las leyes que moderan la saña del malvado.
- CORDERO: En fin, yo advierto que estos castigos todo el mundo aprueba; menos los criminales, porque temen que con ellos igual cosa suceda.
- SAGET: Venid, la orden poned, y que el servicio
(Al ayudante.) a bordo de los buques y aquí en tierra sea el acostumbrado, hoy es el Jefe de día el Mayor Señor Zepeda, para mañana el Mayor Morán; que hará una revista de armas muy extensa esta tarde, después del ejercicio, que a la hora de él serán las tres y media. Que el señor capitán de la fragata una lista presente en que refiera los víveres que en ella necesite. Que se fabriquen de campaña tiendas en número de doce, y que D. Iriarte mande sacar la lancha cañonera para calafatearla, ¿me entendisteis?

AYUDANTE: Sí, señor, ya entendí, voy a ponerla.

(Siéntase a un lado de la mesa y escribe.
Entretanto ellos callan.
Acabado de escribir se para y dice).

Ya está, señor, venid firmad.

SAGET: Muy bueno.
Ya se oye el bando, la hora ya se acerca.
Hora fatal al hombre delincuente
¡Oh triste y tremebunda mensajera

Toma la pluma y firma. A este tiempo se oye el bando
claramente que toca la banda y publica el Mayor
fuera de escena; al rato se oye un redoble corto, y
después una descarga y luego tocan diana.)

de la muerte. ¡Oh, lance pavoroso!

(Pausa)

Tocan redoble, hablar tal vez intenta.
Ya expiró. Descansa, oh triste joven,
descansa en paz, en paz. Este ejemplar
debe ser de asesinos el espejo.

Su crimen solamente lo^e condena.
La patria defensores necesita,
no criminales. Quiere centinelas,
no pérfidos traidores; compañeros
velemos todos por la ley suprema
que es el bien de los hombres, sí, juremos
las leyes sostener con entereza
Viva la Santa Patria, camaradas.
Los criminales y asesinos, mueran.

— TELON —

ACTO III

El Teatro representa el salón del cuartel, sin decoración. La bandera estará suspendida en uno de los lados del salón. Clavada su pica en una viga. Algunas armas arrojadas en derredor, en orden y con su correspondiente tahalés y cartucheras colgando.

ESCENA PRIMERA

Morazán, Villaseñor, Lazo

MORAZAN: ¿Está lista la tropa? ¿A qué horas marcha?
(A Lazo) Dispuesta para marchar y lista.

VILLASEÑOR ¿Ordenasteis que vaya en divisiones?
(A Lazo) Sí, señor, lo mandé, hoy sólo estriba en que reciba el prest. su pronta marcha. Han ido ya a sacarlo.

MORAZAN: ¿La revista
de armas se pasó ayer?

VILLASEÑOR: Sí, se ha pasado.
Buen armamento es todo el que tenía Carrillo para hacerse omnipotente; mas no supo tirar muy bien sus líneas. Le faltaba valor, séquito y hombres de cálculo y vigor. Nunca sería más que un pobre tirano despreciable.

VILLASEÑOR: Sí, pobre y despreciable, él oprimía a todo el pueblo.

LAZO: Pueblo de cobardes
yo protesto, señor, que no lo haría en ningún otro estado, excepcionando a Guatemala, que es la humilde finca de la nobleza y todos sus secuaces.

MORAZAN: Claro es que no.

(Se oye gran vocerío a lo lejos y Morazán y Villaseñor se asoman a observar por entre los bastidores; Morazán

incómodo a Lazo, con enfado.)

VILLASEÑOR: ¿Qué es esa vocería?

MORAZAN: Pero es un desorden, pelotones
(Después forma la tropa, y todo es gritería.
de pausa.) Id arregladla, y guárdese silencio
y subordinación, y disciplina.

ESCENA SEGUNDA

Los dichos, menos Lazo

MORAZAN: En Puntarenas asaltar quisieron
(Sentándose los buques y Saget me comunica
y después haberse castigado a los autores
de una breve de tal maldad, botándolos a una isla;
pausa.) muchos eran los cómplices, me dice.

VILLASEÑOR: A mí también, señor, así me avisa
Jourdain era el motor de plan tan negro.

MORAZAN: He sentido la muerte de Molina
por el pesar que agobiará a su padre
y a sus buenos hermanos.

VILLASEÑOR: Su perfidia
le condujo al sepulcro solamente.
Fue confeso y convicto y no podría
de la muerte escapar...

MORAZAN: Mas, ¿Qué alboroto?
¿Hay desorden Mayor? ¿Qué lo motiva?
Ya se sosegarán, son milicianos
y reclutas los más, que en partida
se despiden de todos sus amigos,
de sus paisanos. Esa vocería
y un susurro continuo que se escucha,
no es otra cosa, aquéllos que los miran
de lástima y tristeza acompañados
marchan tan lejos, sus adioses gritan. (Pausa).
Dentro de cuatro días está el puerto

lleno de gente armada, y la marina
muy afanada en alistar sus naves.
El tiempo venturoso se aproxima
de que la patria un Nacional Gobierno
la represente al exterior muy digna.

ESCENA TERCERA

Los dichos y Lazo que entra precipitadamente y como resultado,
limpiándose el sudor del rostro.

LAZO: Señor, la tropa se halla sublevada
y en un fatal desorden se amotina.
Se resiste a salir, y con las armas
que tiene ya en la mano, se encamina
a atacar los cuarteles. Ya Melara
en el alto apostó su compañía
e intenta repeler a los alzados
a fuego y sangre.

VILLASEÑOR:
anardeceros más, que se contenga. No, eso sería
(levantándose y yéndose)
(Lazo se sienta.)

(A Morazán) Voy a ver cómo calmo esa imprevista
revolución.

ESCENA CUARTA

Los dichos menos Villaseñor

MORAZAN: Sin demostrar enojo.
No quieren ir dejando sus familias.
Pero es interés propio, es necesario
que algo hagan por su patria natalicia.
Los valientes que me han acompañado
han dejado sus casas, sus campiñas,
sus bienes. Sobre todo sus esposas,
sus tiernos hijos e inocentes hijas,
expuesto a todo, y vienen de muy lejos
a destrozarse el yugo que oprimía

a estos lejanos miserables pueblos.
¿Por qué éstos de su patria no apaciguan
los alborotos interiores, y hacen
el valor de salvarla de la ruina
a que sus mismos hijos la conducen?
Eso es punible y criminal desidia.
Cuando estaban esclavos, no luchaban
por romper la cadena en que yacían.
Son libres ahora, gracias a nosotros,
y ellos coadyuvan a afianzar la digna
condición en que existían.

Quizá quieren
que la fortuna todo lo decida,
y ellos vivir sin exponerse a nada...

MORAZAN: Este motín alguno lo concita,
no es parto de la tropa solamente.
De esta ciudad y Heredia está reunida
la mayor parte de soldados, y éstos
por los informes que antes ya tenía,
no son muy amadores de su patria.

LAZO: Mas yo creía
fuesen agradecidos por lo menos,
cuando fui a reprimir la vocería,
terrible fue el desorden que causaban.
Ni Jefes ni soldados distinguía;
me acerqué, penetré, busqué a su Jefe.
mas con un ceño torvo ya me miran;
les impongo silencio, no me atienden,
todos mandaban, nadie obedecía.
“Nos vamos”... “No salimos”... se escuchaba,
“No vamos a los buques”, repetían.
Otros aconsejaban “Atacamos...”
en medio de esta inmensa gritería.
No pudiendo encontrar quién me escuchase
dejo la turba y vuélvome, y no había
caminado cien pasos cuando veo
que a este cuartel marchaban muy de prisa.
Los ve Melara, manda que hagan alto
y ellos entonces brevemente giran

hacia la casa de almacenes. Esto
es lo que he presenciado por mi vista.

MORAZAN: Insensatos! No saben lo que hacen,
Puede ser que les pese en algún día!
Su patria les acusa en este instante
de hijos rebeldes llenos de perfidia.
El tribunal de la opinión juzgando
severo e imparcial su acción indigna,
de execración les cubrirá sus nombres.

(Pausa.)

¡Sí, sí, de execración y de ignominia!
¡Qué infeliz fuera la doliente patria
si ella fundara su futura dicha
en esta clase de hijos tan infames!
Pero aún existen hombres todavía
que la aman tiernamente y que desean
dar en su obsequio sus preciosas vidas.
Esos serán sus hijos predilectos
dignos de tal renombre.

ESCENA QUINTA

Los dichos y Villaseñor

VILLASEÑOR: Es infinita
la multitud de alzados, grandes grupos
por todas partes asomar se miran.
No atienden ya razón. Si con las armas
su infame rebelión no se castiga
crece más cada instante. El comandante
Juan Funque tiene ya la artillería
dispuesta a deshacerlos; ellos vienen
a este cuartel, sin duda se aproximan.

(Se oye fuego graneado, que no cesará hasta el fin del acto.
Cesará por cortos intervalos y arreciará a veces.)

MORAZAN: Quedaos, General, es necesario
(A Villaseñor.) que estéis aquí, lo conveniente dicta

para librar el parque de un incendio,
que las armas estén todas muy listas.
Voy ahora en persona, a ver si puedo
el fuego contener.

(Vase.)

ESCENA SEXTA

Los dichos, menos Morazán

VILLASEÑOR: Eso sería
obra de algún milagro, ya no es fácil
apagar el incendio que se atiza
por viles seductores. Yo conozco
este pueblo muy bien, si se le humilla,
cual lo hacía Carrillo, es muy sumiso,
jamás alzar la frente solícita;
pero si se le trata con blandura
se ensoberbece, imbécil, y se altiva.
Cuando arrastraba el vergonzoso yugo,
cuando sumiso en la abyección yacía
no se le oía gemir, no respiraba...
Fusilaciones sin cesar se veían,
destierros, proscripciones, calabozos...
No se alteraba, todo era sonrisa.
El bello sexo, tierno, incauto, y dulce,
porque al imperio del amor cedía,
a destierros mortíferos lanzado,
su sensibilidad allí sufría
horrorosos castigos indecibles...
A Venus por doquiera perseguía...
Nadie, sí, ninguno de sus penas
compadecerse alguna vez podía.
¡Y todo lo callaba el pueblo esclavo!
Ahora que libre goza garantías
vedle allí ingrato, ¡Oh, dioses, que en el cielo
miráis esta traición, lanzad las iras
sobre esos monstruos bárbaros!

LAZO: El fuego
cada momento advierto que se aviva.

VILLASEÑOR: Id, ordenad que el Coronel Ramírez
de diez soldados lleve una partida;
llevad vos otra, y por diversos puntos
llamadles la atención. Que se dividan
para desconcertarlos fácilmente.

LAZO: Voy, pues, mi espada ya se resentía
de no ser la primera en estos lances.

(Vase.)

ESCENA SEPTIMA

Villaseñor, solo, paseándose.

VILLASEÑOR: No cesa el tiroteo en las esquinas
al norte del cuartel. El parque se halla

(Se para un rato y sigue.)

bien resguardado y fácil no sería
que se incendiase. Muy distante suenan
los tiros ya, sin duda se retiran

(Se oye lejos y escaso el fuego)

los sublevados. Nuevo esfuerzo observo

(Pausa, revive el fuego.)

que otra vez hacen, nueva tentativa...
Muy poca es nuestra tropa, apenas somos
según lo que aparece de las listas,
los jefes, oficiales y soldados
doscientos diez. Enfermos son arriba
cuarenta, y la tropa de Cartago
ciento sesenta en número. Reunida
toda esta fuerza, cuatrocientos veinte
es el total; si de éstos se nos quitan
los de Cartago, que flaquean, restan

hábiles para el fuego, y las fatigas
doscientos diez. Sacando a los enfermos...

(Pausa.)

eran dos mil los que marchar debían
y estos se han sublevado. A más del número
ventajas mil en su favor militan.
En su propio terreno, con recursos
de víveres y de agua. Las salidas
para escapar doquiera. Si se cansan
ya de pelear, o el miedo les agita
seguridad en cualquier parte encuentran.
En fin, cambiando suerte apostarí
que ni un instante sólo no sufriera
nuestros ataques, mísera gavilla.

ESCENA OCTAVA

Dicho y Morazán

VILLASEÑOR: Mi General, ¿Venís herido? ¡Oh, cielo!
(Asustado)

(Trayendo un pañuelo amarrado cubriéndole la boca,
con algunas manchas de sangre en el vestido.)

MORAZAN: (Con serenidad) Sí, pero levemente. Es infinita
la muchedumbre de rebeldes. Queda
Cabañas persiguiendo sus partidas
y mil prodigios de valor haciendo.
Cortez, Rosales y Valencia han muerto,
de nuestros oficiales. Una herida
han recibido Retes y Ramírez
en los brazos derechos. Noble envidia
de valor y de gloria a nuestros bravos.
en la refriega ardientemente anima.
Los alzados se asoman a una calle,
pero tan luego que a Cabañas miran
partir sobre ellos como veloz rayo,
se desconciertan y huyen. Si por dicha
cuatro pasos avanzan, retroceden

mil y mil más. Increíble es la atrevida
decisión de Cabañas, que así mismo
en el valor se excede y la osadía.

ESCENA NOVENA

Los dichos y Lazo

MORAZAN: Mas viene Lazo... y gravemente herido!

(Se pone la mano en la frente manifestando pesar, al verle entrar bañado en sangre. Se recuesta en un sofá que estará al frente contra la pared.)

Valiente amigo, el verle me contrista...
recostaos allí.

LAZO: ¡ Viva la patria!
(Con languidez) Esta es, mi General, mi fiel divisa...
No hay cuidado, me aguarda ya la gloria.
Adiós, mi General... Patria querida...
Aceptad este obsequio... cara esposa,
no lamentéis mi muerte, esposa mía...

VILLASEÑOR: Haced por sosegar un breve rato,
tal vez así vuestro dolor se alivia.

LAZO: Algún dolor yo siento... no, ninguno...
¡ Ah! Tener quisiera muchas vidas
para exhalarlas todas por la patria...
Una que tengo ya concluye, ¡ Oh, dicha!
Aceptadla, Oh, mi patria, no apetezco
otra felicidad... Patria querida,
acuérdate una vez... ¡ Ah, qué memoria!

VILLASEÑOR: Yo parto hacia el combate, no querría
(Levantándose) perder la gloria de morir peleando.

MORAZAN: Que nadie, nadie sepa de mi herida,
porque la tropa así se desalienta.

VILLASEÑOR: No se sabrá.

ESCENA DECIMA

Los dichos, menos Villaseñor

- LAZO: La sangre me fatiga...
- MORAZAN: Caro amigo, esa muerte es el ocaso del astro hermoso que en el cielo gira; pero que más fulgente y rubicundo: en las esferas diariamente brilla. La sombra de la muerte que os aguarda es cual la nube que un instante eclipsa la clara luna, y luego despejada luce más apacible y es más linda. Dormid si os es posible.
- LAZO: Eterno sueño muy luego ocupará la frente mía.

ESCENA DECIMOPRIMERA

Los dichos y Cabañas

- MORAZAN: Querido amigo, ese incansable brazo trabaja por la patria noche y día... ¿Qué esperanzas de paz?
- CABAÑAS: Jamás se ha visto concurso tal de gente así reunida contra unos pocos. De uno y otro sexo, niños y viejos, de armas muy distintas, hacen temblar las calles. Dos ministros del Sacro Altar, que humanidad predicán, olvidando sus santas devociones, al fuego y a la muerte los concitan. El combate es terrible, a nuestra tropa la hambre y la sed con lástima fatigan, y el sueño y el cansancio. Ni un instante de descanso han tenido.

(Viendo a Lazo, que dio un suspiro.)

(Con admiración y ternura)

¿Quién expira
cerca de mí?

MORAZAN: Es el coronel Lazo
que lucha con la muerte.

CABAÑAS: Me lastima
su situación, es bravo en la pelea,
de aptitud y lealtad bien conocidas,
su impavidez le causará la muerte.
Y pelotones enemigos que huyen
de su tremendo choque, y se retiran.
Pero él cargando con terrible enojo
las balas y la muerte desafía,
hasta que fue herido. ¿Ese es el balazo?

(Preguntándole y señalando el carrillo a Morazán.)

MORAZAN: Sí, pero de soslayo, en la mandíbula
inferior.

CABAÑAS: ¡Ah! ¿Sabéis quién es el Jefe
de los rebeldes?

MORAZAN: Muchos cabecillas
deben tener tal vez.

CABAÑAS: Antonio Pinto,
un viejo portugués se da las ínfulas
de General en Jefe.

MORAZAN: Le conozco.

(Se oye fuego vivo y ataque.)

CABAÑAS: Me voy, señor.

MORAZAN: La buena disciplina
haced se cumpla, General.

CABAÑAS: Muy bien.

ESCENA DECIMOSEGUNDA

Los dichos, menos Cabañas

(Cesa un momento el fuego)

MORAZAN: Mucho dura el combate; ya la tropa
(Después de de tanto batallar está rendida.
una breve Es sufrida y valiente hasta el extremo...
pausa, toman- Estos son los trescientos de Leonidas,
do un polvo.) célebres espartanos que a su patria
sacrificaron sus preciosas vidas.

LAZO: Mi General, yo muero... Ya mis ojos
(Con voz sombras oscuras y fantasmas miran...
sumamente Adiós, mi General... ¡Ah, patria!.. Patria...
débil)

(Expira)

MORAZAN: Sí, ya expiró, ya su alma está tranquila
(Viéndole y en la morada del Creador gozando
con pesar) eterna Gloria, inmarcesible vida.
Id, caro amigo... Adiós,... ¡Sensible muerte!

(Queda pensativo y siguen tiros salteados.)

ESCENA DECIMOTERCERA

Los dichos y Villaseñor, con precisión

VILLASEÑOR: Señor, de nuestra tropa es inaudita,
en tan tenaz y desigual combate,
la sufrida constancia y bizarría,
pero es sacrificarla, si tardase
un día más el fuego, acabaría
de hambre, de sed y de cansancio a un tiempo.

MORAZAN: Ahora por la orden general del día,
un ascenso efectivo se concede
desde soldados inclusive, arriba,
es decir, de una vez dos grados juntos;
que se replieguen todas las guerrillas

a este cuartel; que se suspenda el fuego por nuestra parte, y que las baterías sean aquí mismo frente a la puerta; que descansen, pues bien lo necesitan. Cuidado quien da un tiro. En esta noche romper debemos la enemiga línea para salvar la tropa. Haced se cumpla, amigo, con esta orden y escribidla, porque no hay ayudante.

(Villaseñor escribe y concluyendo dice)

VILLASEÑOR: Voy al punto a que se comuniquen y que se escriba en los libros de cuerpos.

(Vase.)

ESCENA DECIMOCUARTA

Morazán, solo.

MORAZAN: Sí, precisa.

(Tomando un polvo.)

Ya todo está perdido. No hay remedio... la suerte se ha cambiado...

¡Oh, patria mía!
Vuestro destino es triste, inevitable.

(Pausa, en tanto se toca la orden. Se oye tocar orden general con una corneta y se repite por un tambor.)

Inevitable y triste, ¡Qué desdicha!

¿Y nunca, nunca cesarán los males que despedazan a la patria mía?
Sí, cesarán, en todos los Estados hay hombres, cuyo esfuerzo lo dedican a tan laudable fin. Estas desgracias

son momentáneas, y no creo impidan
la majestuosa marcha de los pueblos
hacia su gloria y su futura dicha.

ESCENA DECIMOQUINTA

Dicho y Villaseñor

(Sentándose y quedan un rato silenciosos)

MORAZAN: Antonio Pinto es ahora el Comandante
de las tropas rebeldes, ¿lo sabéis?

VILLASEÑOR: Lo sabía, y a fe que no encontraron
un mejor insensato en esta vida...
Pero yo no le vi en ningún encuentro.
Ni siquiera oí mentarle, ¿Do estaría?

MORAZAN: En el lugar de todos los cobardes:
oculto en algún cuarto. Con ineptia
no merece mandar, servir tan sólo.

(Se oye ruido de descansar las armas y susurro)

VILLASEÑOR: Ya está la tropa toda reunida.

MORAZAN: ¡Valientes militares! ¡Hijos fieles
de la adorada patria por quien lidian!...
Cada soldado es un baluarte fuerte
de la libertad santa. ¡Ah, cuál palpita
de amor mi corazón al contemplarlos!

(Mira a la izquierda).

¡Porción de americanos escogida!
¡Honor del país que tuvo la ventura
de producir valientes! Algún día
vuestros costosos sacrificios logren
de laurel inmortal corona digna.

ESCENA DECIMOSEXTA

Los dichos y Cabañas

(Sentándose y enjugándose el sudor del rostro.
(El fuego de parte de los enemigos se suspende
por intervalos).

CABAÑAS: ¿Cómo le damos sepultura a Lazo? .

MORAZAN: Si no es posible aquí, ahí que exista
y lo sepulten nuestros enemigos,
¿El sepulcro también le negarán?

VILLASEÑOR: No sería eso extraño, quien ataca
a fuego y sangre al que le dio la vida
y su favor detesta, ¡Cielo santo!
¿Qué le resta que hacer? ¡A cuánto obliga
la vil ingratitud! ¡Cuántas desgracias
ha ocasionado al mundo la perfidia!

MORAZAN: ¿Qué horas son ya, Cabañas?

CABAÑAS: Son las siete,
y la lluvia amenaza a toda prisa.

MORAZAN: Que descanse la tropa, entre muy breve
debemos escaparla de la ruina.

(Se oyen tiros salteados)

VILLASEÑOR: Aún continúa el fuego. ¡Inconsecuentes!
Se ufanan en su crimen todavía!

(Con enojo)

Más de ocho mil contra doscientos hombres,
y un fuego vivo que tardó tres días...
en su tierra natal y con recursos!...
¡Qué valientes! ¡Vergüenza les daría!

(Con sonrisa terrible.)

a otros contar tan inaudita historia...

CABAÑAS: Y alzarse contra aquéllos que querían
hacer feliz a su país, y que sin ellos
el poderoso yugo sufrirían
todavía sus cuellos humillados.

MORAZAN: No me cabe en la mente, no me cabe...
¡Horrible ceguedad que escandaliza!
Monstruos de ingratitud, baldón eterno
caerá sobre vosotros. Vendrá el día
que la posteridad lea la historia
de vuestros hechos y de nuestras miras
benéficas y puras, y llenando
de execración vuestra memoria inscriba
vuestros odiosos nombres cual recuerdo
de maldición, de engaño y de perfidia.
Y los de estos valientes que han lidiado
con las desgracias, llenos de fatiga,

(Con ternura, mirando a Lazo)

por daros una patria venturosa
muriendo en vuestra tierra fementida,
en oro y mármol vivirán por siempre.
Sí, vivirán, la patria agradecida
benedicirá su esfuerzo y con laureles
amante cubrirá sus losas frías.
Y vos, americanos compatriotas,
a quien el fuego del honor anima,
deponed esos odios perniciosos,
exterminad esa nobleza indigna,
reunidos en Nación dad a la patria
tan suspirado y placentero día.
Aquí tenéis el más ilustre ejemplo

(Señalando a Lazo)

de amor, de patriotismo y valentía...
Muramos por la patria, americanos,
que es glorioso morir por dar la vida.

— TELON —

A C T O IV

El teatro representa el salón de una casa particular amueblada y con dos catres, uno frente de otro, y un colchón en uno de ellos. Una mesa con recado de escribir y una urna de madera en otra mesa menor a un lado.

ESCENA PRIMERA

Morazán, Villaseñor, Saget y Mayorga

(Los tres primeros con trajes de camino, ponen sus pistolas sobre la mesa. Villaseñor pondrá un puñal sobre la mesa en que está la urna)

MAYORGA: (A Morazán.) Estoy, señor, confuso. Nunca creía se hubiese nuestra ruina consumado. Yo reuní alguna tropa y fui con ella del General Cordero acompañado. Rascón, Valiente Bran, Oficial Landa, y otros muchos dispuestos a auxiliarnos a la cuesta llamada de las Moras. Llegué sin contratiempo y embarazo; mas cuatrocientos hombres que allí había de las tropas rebeldes apostados, previendo nuestro auxilio, nos atacan y con décuples fuerzas alcanzaron sobre nosotros un pequeño triunfo. Landa fue herido en el siniestro brazo, algunos de ellos muertos, mal heridos. Y en fin, retrocedí con el quebranto de no poder estar a vuestras órdenes. Si aún todavía es tiempo, sólo aguardo que me mandéis para servirlos pronto. ¿Puedo ayudar, mi General, en algo?

MORAZAN: No es tiempo ya, mi tropa está cansada y levantar refuerzos en Cartago es obra que demanda algunas horas. El tiempo es muy corto y limitado. Sobre todo la sangre de los hombres

se vertiría inútilmente, en vano
con tropa de fresco ni un instante
dudaría del triunfo. Los alzados
a pesar de su mucha cobardía,
son incansables por el modo extraño
con que pelean, dan una descarga,
huyen, desaparecen, no hacen alto,
ni sufren un encuentro. De este modo
y con nuevos refuerzos auxiliados
escapan, vuelven, cargan, se retiran;
y del propio temor siempre acosados
dudando de sí mismos, todos, todos,
hombres, mujeres, jóvenes, y ancianos,
el miedo solamente los conduce
a combatir. Aquí sólo he llegado
para salvaros de un seguro riesgo,
por vuestros compromisos sois odiados.
Vuestra vida peligrá, allá por Tárcoles
que nos salvemos es muy necesario.
Vamos, amigo, esa preciosa vida
es fuerza, libertad de los amagos
de la suerte contraria.

MAYORGA: Partiremos
pero no está el peligro más cercano.
Descansad un momento, en esa alcoba
hallaréis el silencio y el descanso.

VILLASEÑOR: Vamos, señor, desvelos repetidos
nos convidan del suelo a los halagos.

SARAVIA: A mí así me parece, ya mis ojos
apetecen la calma por un rato.

MORAZAN: Vamos por un momento, amigo mío,
(A Mayorga)

nuestras vidas a vos encomendamos.

MAYORGA: Dormid sin pena, mientras yo vigilo.
Si algo se ofrece os llamaré.

MORAZAN: Os lo encargo.

ESCENA SEGUNDA

Mayorga solo.
Saliendo de la escena)

Yo creí que algún recurso les quedase
para hacer resistencia aquí en Cartago,
y por eso ayudarles ofrecía
con algunos recursos de soldados,
pero vienen de fuga y yo no quiero
comprometerme más. Si fugo salgo
¿cuándo vuelvo a mi país? En tierra extraña
sin duda alguna iré a pasar trabajos.
Lo perdido, perdido, sólo resta
ver cómo del castigo yo me escapo.
Esto es muy fácil, porque aquí en mi casa
los prenderé, yo sí, para entregarlos.
De este modo me evito de un peligro
y quedo bien. ¿Qué importa que enojados
maldigan esta acción? Ya prisioneros
no les temo, y dormidos ni un amago
podrán hacerme. En este triste mundo
la buena fe y el honor sólo guardamos
cuando la vida e interés no sufren
riesgo ninguno; mas si por acaso,
de alguna circunstancia desgraciada
nos vemos una vez amenazados,
todo lo posponemos a nosotros.
Los favores y gracias olvidamos.
¿Qué extraño es, pues, que yo por mi bien propio
sacrifique a estos pocos desgraciados?

(Pausa)

Los sacrificaré, sin duda alguna,
ellos han de morir tarde o temprano,
pues que sea ahora y quede yo sin pena.
Poco importan los medios de lograrlo.
Por Morazán comprometí mi nombre,
pues Morazán que pague por entrambos.
La amistad, dirá un necio, que debía

hacerme obrar de otra manera. ¿Acaso hay en el mundo amigos que se expongan a morir por alguno? Esos son rasgos que no pueden hacer todos los hombres y sólo buenos son para pintarlos... ¿Y qué espero? Ellos duermen, vuela el tiempo.

(Pausa)

Voy a poner la red. Esos soldados...

(Se asoma a un lado y por el bastidor de la derecha sale tropa armada; Mayorga la coloca y...)

Nadie salga de aquí, con vuestra vida responderéis si alguno da un paso afuera de estas puertas. Vigilancia. Entrar bien pueden; mas salir... cuidado.

ESCENA TERCERA

Dicho y Saravia

MAYORGA: Nada dormisteis, General Saravia, tal vez el sueño os quita el sobresalto; pero aquí estáis seguros, esta guardia velaba nuestras vidas entretanto.

SARAVIA: No es posible dormir, tristes ideas mi fantasía sin cesar turbando aun en corto sueño me persiguen... Dormí un instante y crueles me asaltaron *no bien mis ojos cierro cuando al punto,* un terrible estupor me ha despertado. Yo vi una inmensa y furibunda turba que me rodeaba y con feroz amago y torvos ojos me amenaza cruenta. Vi a todos mis amigos aherrojados, que de la muchedumbre los insultos sufrían apacibles. Los cadalsos *en una plaza vi de nuestras vidas,* fatídicos estaban aguardando.

Oí rumor horrísono del pueblo
y el pregonero en alta voz gritando.
Veo, en fin, al traidor que nos vendiera.
Rompo los grillos y sobre él me lanzo;

(Indicando furor.)

él huye y se me escapa. En este trance
Morazán me contiene reportado.
Francisco Aqueche unido con Velarde
y otros traidores veo allí afanados
en consumir su infame desvergüenza.
Quiero vengarme de ellos, mas el paso
Morazán me suspende, atrás me vuelvo,
y al dirigir la vista a los cadalsos,
en una blanca y transparente nube,
mil perfumes y aromas exhalando,
ceñido de laureles y de rosas
con un ropaje de celeste y blanco;
vi al genio de la patria, que halagüeño
con dulce risa y un estilo blando
me dice: no dudéis, morid con gloria.
Yo estoy vuestros esfuerzos presenciando.
Los premiaré. Morid valientes hijos.
En mi gran libro llevo nominados
los que me han sido fieles o traidores.
Morid, morid. Al punto levantando
el vuelo, desvanece de mi vista;
le grito que me espere y recordando
miro por todas partes y no veo,
sino de Morazán el sueño blando
y de Villaseñor. Estos agüeros
venturosos en parte y desgraciados,
me predicán catástrofes terribles.

(Pausa y Mayorga se manifiesta sorprendido)

No las presenciaré. Tengo en mi mano
el medio de evitarlas.

MAYORGA: (Con sobresalto.)

¿Persiguiendo al que decís que os vende?

SARAVIA: ; Ah! si en mis manos
le tomara yo aquí, ese sería
el medio más seguro. Otros es acaso
más triste pero breve.

MAYORGA: Yo me marcho
a disponer nuestra partida al punto
Quedad con Dios, señor. Mucho cuidado
(A los guardias y vase.)

ESCENA CUARTA

Saravia, solo

SARAVIA: Ah, si Saget hubiese concurrido
el triunfo era seguro y los ~~malvados~~
~~su ingratitud tan negra llorarían...~~
Mas el pliego a sus manos ~~no~~ ha llegado,
interceptado fue seguramente...
En el puerto, él también yace rodeado
de dudas y enemigos... Dura suerte
la de tanto valiente que arrojando
los riesgos del océano, y cuántas penas
una campaña ofrece, han quebrantado
los hierros de estos míseros ilotas
para lograr un premio: ser tratados
como enemigos por un pueblo injusto.
De sus patrias hogares tan lejanos

(Pausa)

Hidalgo ; Blanco! Santos sacerdotes
que la moral de Cristo Soberano
predicáis compungidos. ¿Vuestras reglas
permiten que os mezcléis en lo profano?
¿Y que encendáis la tea de discordia
con vuestras puras e inocentes manos?

ESCENA QUINTA

Saravia y Villaseñor

VILLASEÑOR: Duerman los invencibles que sin pena
presencian de la patria los quebrantos,
y duerman los perversos cuyos triunfos
a costa de hajezas han logrado.

SARAVIA: Esos duermen, su conciencia sola
les remuerde doquier, viven temblando,
huyendo de sí mismos. El delito
lleva tras sí la pena. Los malvados
ignoran el sosiego. Si por dicha
duermen alguna vez, están mirando
presente su maldad y los horrores
que ella produce, el sueño es un letargo
horrible y pavoroso. Oyen el grito
de la viuda infeliz a quien quitaron
de su adorado esposo el dulce apoyo;
oyen del huérfano el clamor amargo
sin el amante padre que cuidaba
su infancia débil e inocentes años;
y aquel gemir tan tierno y lastimoso,
del miserable y moribundo anciano
sin el hijo virtuoso que asistía
su triste vida y postrimer descanso;
oyen también los ayes de una patria
abandonada a sus adversos hados;
y oyen de su conciencia las terribles
reconvenciones. Su vivir infausto
en una lenta muerte insoportable...
mucho más horrorosa que el cadalso.

(Pausa.)

Yo no temo la muerte, sólo siento
los males de mi patria y sus quebrantos.
Si me toca morir, yo sentiría
en las manos concluir de esos ingratos.
¿Aún el General?

VILLASEÑOR: No, está despierto
con Espinac y con Mayorga hablando.

SARAVIA: ¿Y qué dice Espinac?

VILLASEÑOR: De enviado viene
por el jefe rebelde, y sus tratados
son de paz. Creyendo que nosotros
queremos reunir fuerzas, le han mandado
cerca del General
pidiendo paces.
Garantizan su vida y la de cuántos
compañeros componen nuestra fuerza.
El dice que Cabañas ha pasado
para Matina en busca nuestra, y dice
que él responde por el propuesto pacto
con su cabeza.

SARAVIA: ¿Ya pasó Cabañas?

(Con ligereza)

¿Cuánto lo siento!... ;Amigo!...

ESCENA SEXTA

Los dichos y Morazán con serenidad y pausa Ellos se paran
y él hace seña con la mano de que se sienten y él también

MORAZAN: No, sentaos

(Después de una pausa)

Yo intentaba embarcásemos en Tárcoles
y reunirme a Saget. Luego he pensado
aceptar de Mayorga las ofertas
y resistir aquí; pero evitando
el derramar más sangre, yo convengo
y prefiero la paz que me ha mandado
proponer Pinto.

VILLASEÑOR: Es bueno, por supuesto,
que cesen de la guerra los estragos

SARAVIA: Voy a ver a Espinac.

(Se para y quiere salir por la izquierda. El centinela le presenta la bayoneta calada sin hablar palabra. Saravia retrocede lleno de enojo. Morazán y Villaseñor se sorprenden y miran atentamente al centinela.)

Pero ¿qué es esto?

¿Se me detiene, se me impide el paso?
¿Esto qué significa? ¿Qué propuestas
de paz son esas, General?

MORAZAN: Sentaos.

Será equivocación del centinela.
Pronto vendrá Mayorga y el soldado
castigado será por ese abuso.

SARAVIA: No puede ser que se haya equivocado,
esta es orden expresa. ¿Y con qué objeto
se halla esta guardia aquí?

MORAZAN: Para resguardo
de nuestras vidas, debe ser sin duda.
Mayorga es un sujeto muy honrado, un fiel
amigo y súbdito sumiso.

No receléis ya de él, en breve rato
vendrá y saldréis.

VILLASEÑOR: A mí nada me admira,
a estos sujetos los conozco tanto...

SARAVIA: Si ésta fuera traición, era preciso
confesar que no se halla en el Estado
un hombre solo que el honor aliente.

Aguardaremos, pues, pero entre tanto
¿no disteis órdenes para que a Cabañas
le fuesen a volver?

MORAZAN: Ya lo he mandado.
Cabañas debe estar junto a nosotros,

y él corre esos caminos por buscarnos.

VILLASEÑOR: A la hora de ésta volará la nueva
de la revolución por los Estados.

SARAVIA: Y a fe que habrán descrito la refriega
en favor de ellos con distintos rasgos,
esos rebeldes.

MORAZAN: Eso es indudable
ellos habrán iluminado el cuadro,
pintado al temple los sucesos todos
con su pincel de coloridos falsos.

SARAVIA: ¡Oh! y cuánto valiente en esta escena
deberá aparecer. Nos han tocado
cuarenta y dos contra uno de nosotros,
en su terreno y dueños del abasto.

(Con ironía)

Son valientes, no hay duda, bien merecen
de la posteridad fama y aplausos.
Y cuando el mundo sepa por la causa
que con tanto denuedo han trabajado;
cuando se sepa que el proyecto noble
de nacionalidad han atacado,
entonces, sí, sus venerables nombres
serán los patriotas recordados,
con respeto y amor.

VILLASEÑOR: Cual lo merecen
por tan laudable acción, y los conatos
que tan bizarramente han sostenido,
para arruinar su país. Cuando el tratado,

(A Morazán)

que celebré con vos en el Jocote
y setecientos hombres engrosaron
de mis filas las vuestras, yo advertía
en sus rostros patente retratados
el placer y el temor al mismo tiempo,

con extrañeza y confusión mezclados
celebraron haber dejado el yugo,
temiendo todavía a su tirano.
Lo que produce la servil costumbre!
Le temen todavía y van buscando
los grillos de algún otro; porque es cierto
que estando vuestro plan paralizado
(de establecer el Nacional Gobierno)
y estando divididos los Estados,
siendo cada uno de ellos absolutos
en su administración y soberano,
¿será difícil que alguien con astucia
o por la fuerza quiera sojuzgarlos?
Y a este con más razón, por la distancia
y por la timidez de los paisanos.
¿Carrillo no era aquí Jefe perpetuo
de vidas y de haciendas dueño? ¿Acaso
algún Estado reprimió su avance?
¿Quién de estos pueblos se hubo lastimado?
Todavía existieran en cadenas.
Sí, a quitarlos! Me irrito al recordarlo!

(Con furor)

MORAZAN: Dejad correr el tiempo, que él ofrece
todos los días nuevos desengaños.
Por no haber un poder en la República
que la haga respetable, con descaro
y calculando todos los derechos
que el mundo reconoce por sagrados;
el almirante inglés y Macdonald
sin el menor respeto arrebataron
del puerto de do fuera Comandante
al buen patriota Coronel Quijano.
¿Quién reclamó por ese torpe abuso?
¿Se han satisfecho acaso aquellos gastos
que el hecho ocasionó? Pero dejemos
que el tiempo lo remedie.

SARAVIA: Mas en tanto
Mayorga no aparece, y en arresto

nosotros por su puesto nos hayamos.

VILLASEÑOR: Y ya no sufro yo tanta demora.
Estamos en prisión no hay que dudarlo.

(Aparte)

Tomemos nuestras armas y arrollemos
con esos centinelas.

SARAVIA: Señor, ¿Vamos?
Es muy poca la fuerza que nos guarda.

MORAZAN: Y aun cuando fuera mucha. ¿No he pasado
por entre más de cuatrocientos hombres
sólo yo de un patriota acompañado?
¿No han silbado las balas en mis oídos?
¿No he sido ardido con los fogonazos?
Pero yo aguardo que Cabañas vuelva
y todos juntos un gran golpe demos
al traidor que nos venda inconsecuente.

(Se oye toque de tambor y Morazán fijando el oído dice)
Ese será Cabañas. no hay cuidado.

(Pausa breve)

Villaseñor se para y de lejos mira por entre los bastidores
de la izquierda desesperado dice)
Es tropa josefina, la conozco.

(Vuelve. Toma una pistola y quiere disparársela; Morazán
se para y se la quita diciéndole)

¿Quieres así la vida? ;Temerario!

VILLASEÑOR: No quiero yo que estos indignos gocen
el placer de matarme.

SARAVIA: Sosegaos.
su intención ignoramos todavía.

VILLASEÑOR: Su intención. Su intención! Ya la palpamos!
¿Qué lo dudáis? ¿No conocéis su infamia?

Se pasea descompasado por la escena pensativo. Se ve llegar tropa josefina, y el tambor toca redoble. Ella entra y refuerza los centinelas que calan bayoneta. Villaseñor, los ve furioso y sigue.)

¡No gozaréis ese placer ingratos!
La muerte ha de librarme de la muerte.

(Toma el puñal y se hiere el costado izquierdo cayendo bañado en sangre)

MORAZAN: (Corriendo a sostenerlo y con Saravia lo conducen moribundo al catre sin colchón donde lo acuestan)

(Pausa)

¡Duro caso! ¡Traición! ¡Alevosía!
¡Espinac! ¡Espinac! ¡Me has engañado!
Has faltado a la fe, a tu palabra,
al honor, al deber. Has quebrantado
el convenio que hicimos... ¡Ah, vileza!
No gozaréis este placer malvados...

VILLASEÑOR: (Con vos trémula como hablando con los josefinos)

No, no lo gozaréis... dejadme impíos..
Dejadme ya. Dejadme, retiraos.

SARAVIA: En su delirio ve a los enemigos
y les habla impaciente. Qué espectáculo,
capaz de concitar aun a las fieras,
a la venganza y al honor. ¡Qué infausto,
que lastimable y pavoroso lance!

Todo es fúnebre aquí, el aparato
de la tropa sus señas furibundas.
Villaseñor en sangre allí bañado.
Herido vos. Esa urna, todo, todo
es terrible y funesto.

MORAZAN: (Con serenidad)

Era un regalo

(Señalando la urna)

que al Sur quería hacerle, remitiendo
del General por mar los restos gratos.

ESCENA SEPTIMA

Los dichos

(Una escolta conduce otros dos presos. Un
carcelero lleva cuatro pares de grillos, una cadena y un
martillo)

CARCELERO: Señores, soy mandado, dispensadme.

MORAZAN: Es preciso que todos sean bárbaros.
Cumple tu comisión honrosa y diles
que un valiente desprecia sus amagos.

(El carcelero en silencio hace lo demandado arriba;
remacha la cadena a uno de los que han traído y la
asegura contra un pilar. El otro baja el colchón y
la tiende al pie del catre. Siéntase y
también le ponen grillos; Morazán ya engrillado
se sienta en el catre.)

(Mientras el carcelero los engrilla.)

Asegurarlos bien que eso merecen
todos los que han venido a libertaros.
Esas son las cadenas que vosotros
arrastrabais humildes cual esclavos.

(Al ponérselas a él).

Castigad estos pies porque vinieron
esos pesados grillos a quitaros.
Dad duro... este es el premio
que los viles dan a sus bienhechores.

(Al ponérselas a Villaseñor, Saravia toma un papel y
comienza a escribir.)

Villaseñor... Remachad,

no muy duro que luego a los pies vuestros
deben volver.

(Al ponérselas a Saravia él no vuelve a mirar, pero le dan un
martillazo al pie y dice)

SARAVIA: ¡Ah! cómo se ha eclipsado
 en un momento tanta gloria, ¡Oh cielos!
 Vigil, Villaseñor, ¡fieles amigos!

(Se agacha y con disimulo, toma el veneno que lleva
en una sortija. Los guardias al verle expirar le levantan
y acuestan sobre el colchón, y vase el carcelero y los
centinelas calan bayoneta.)

ESCENA OCTAVA

Los dichos, menos el carcelero

MORAZAN: (Viendo a su hijo.)

 ¡Ah, desgraciado joven! Hijo amado.
 ¡Ah, mi familia! En este instante amargo
 su memoria dulcísima enternece
 mi corazón. ¡Adela! Fruto infausto
 de una honesta pasión! Esposa mía,
 esposa idolatrada. Cuán en vano
 batallamos por vernos. ¡Dura suerte!

(Pausa.)

VILLASEÑOR: (Con voz lánguida.)

 Mi General. Yo soy muy desgraciado.
 No he podido morir en la refriega.
 Ni de esta herida moriré. Entretanto...
 la idea de una patria abandonada
 me aflige, General.

MORAZAN: Ah, mil cuidados
 despedazan la mía ¡caro amigo!
 Yo al sepulcro os conduzco desdichado!
 Yo causo vuestra muerte... Perdonadme.

VILLASEÑOR: ¿De qué, mi General? Hemos lidiado
en favor de la patria, ¿Cuál delito
pretendéis que os perdone?

MORAZAN: (Enternecido.)

¡Ah, desgraciado!
Joven amable. ¡Oh, suerte! ¡Oh, fatal suerte!

(Sentándose.)

(Viendo otra vez a Saravia.)

Descansad joven del Eterno al lado,

(Música triste que dura cinco o seis minutos).

y suplicad al Cielo justiciero
el bien de nuestra patria. Desde lo alto,
veis ahora el desconsuelo en que yacemos.
Rogad a ese gran Dios por los ingratos
que os causaron la muerte, esa venganza
es digna de almas grandes. Ay, en tanto
oh, amable joven, mis turbados ojos
que dulcemente ha humedecido el llanto,
dejad que viertan lágrimas copiosas...

(Se enjuga.)

Gozad, joven precioso, del descanso.
Vigil, hijo querido! Cruel momento...
Aguardad con firmeza el trance amargo.

(Ellos se enjugan.)

¡Viva la patria! Amigos. Y estas voces
penetren esos cielos sacrosantos.

— T E L O N —

ACTO V

(El teatro representa una prisión con sus correspondientes centinelas. Habrá una mesa con recado de escribir a un lado. Villaseñor acostado en un catre y en otro Morazán, sentado. El fondo desocupado. No tendrán grillas. Tendrá Morazán traje diplomático y Villaseñor, militar.)

ESCENA PRIMERA

Morazán, sentado

MORAZAN: ¡Una hora de existir! Ya no hay remedio.
El tiempo vuela y mi carrera es corta.
Dentro de breve rato, esposa mía,
viuda serás desamparada y sola.
En la triste orfandad mis caros hijos
lamentando mi muerte y mi memoria,
injurados tal vez y perseguidos,
doble pesar también, doble congoja.
Huid de mi mente, rigurosa idea,
huid para siempre, imagen pavorosa.
¡Mi patria, Oh Dios! Mis fieles compañeros
quienes en las prisiones gimen ahora,
enfermos, indigentes, ateridos
del frío, en la inclemencia más penosa;
distantes de su patria soportando
de su vida infeliz la carga odiosa.

(Breve pausa)

Los ancianos, las viudas y los hijos
quienes la parca arrebató impiadosa
sus hijos, sus esposos y sus padres,
lamentarán su suerte. Aterradora
por doquier me persigue la voz triste
de la patria infeliz que lastimosa
me llama demandándome socorro
y no puedo ayudarle en tan penosa
terrible situación. Cuántos puñales
de cruel dolor mi corazón destrozan.

(Pausa, música triste.)

Eterno Dios que presenciáis el cuadro
de traición y maldad que artificiosa
traza la mano de enemigos pérfidos,
que veis de mi alma inocencia, colmad
de bendiciones a mi patria amada
que tus bondades y amparo implora.

(Con voz humilde y lastimeros ayes.)

Colmadla, sí, tu diestra poderosa
sólo la salvará de los abismos
a que sus enemigos la desploman.
Monstruos de ingratitud. ¿Estáis saciados?
Aún falta que verter sangre preciosa.
La mía, sí, inhumanos. Con mi sangre
consumaréis vuestra fatal deshonra.

(Con energía.)

¿Pensáis que ese cadalso me intimida?
Si lo pensáis, venid. La idea sola
de mi patria me aflige, mas la muerte
jamás, jamás arredra a los patriotas.
¿en el campo de Marte do la buscan?
¿En el patíbulo más pavorosa?
Os engañáis si creéis que yo la temo...

(Pausa, música triste.)

Cuando se escriba esta inaudita historia,
y la posteridad vea sus líneas
manchadas con la sangre de patriotas
sacrificados a la fiera saña
de negra ingratitud, y cuando se oigan
los ayes de los pobres desvalidos
sumidos en miseria lastimosa,
entonces, ¡ay! de execración eterna
los cubrirá la patria vengadora.

VILLASEÑOR: Mi General, hoy Quince de Septiembre...
(Con languidez) En Centroamérica es día de gloria...
En él a exhalar vamos nuestras vidas

por nuestra cara patria... Cuando esconda
el bello Sol sus esplendentes rayos
y el ocaso descienda su carroza...
también nosotros, General, iremos
a pernoctar en las eternas sombras...
Hace ahora veintíun años que estos países
rompieron las cadenas españolas...
Y Costa Rica al fin de tanto tiempo
rompió las suyas duras, vergonzosas...
Forjados en su suelo. Nuestro esfuerzo
porque se las quitamos premia ahora...
Habrá hombres, no lo dudo, que reprobren
en ese país acción tan afrentosa...
Sí, puede haberlos...

MORAZAN: ;Quince de Septiembre!
 ;Qué dulce y triste me es esta memoria!

(Pausa y música triste.)

VILLASEÑOR: Mi espíritu se anima al recordarla.
(Reanimado) ;Qué muerte tan feliz y tan gloriosa!
 ;Dichosos los que mueren por su patria!
 ;Desdichado el traidor que la deshonra!
 ;Ah! Cuando nuestras almas se desprendan
del polvo frágil que ahora las estorba...
y volando al Olimpo por los aires
ante el Creador se postren presurosas
y de sus hechos les den cuenta, y blando
en su sanción divina los acoja...
Y desde allá miremos nuestra patria
regida sabiamente y venturosa.
;Oh, qué placer! ;Qué gratas esperanzas!

(Pausa breve. Con voz pausada).

Y nuestros asesinos cuando su hora
entre martirios y tormentos crueles,
postrera llegue y bajen a las cumbres
del báratro horroroso, y Minos juzgue
severo e imparcial todas sus obras...
Maldecirán su crimen y espantosas

las Furias les darán su digno premio.
Y el castigo más crudo y más terrible
a sus feroces crímenes imponga,
eterna perdición... duro contraste!

(Música triste.)

MORAZAN: ¡Valientes hijos de la patria gloria!
Vosotros que anheláis verla feliz
y darle ser: seguid tras las antorchas
que en la ardua senda alumbran rutilantes
y conducen al fin en la memoria
de Riego, de Portier, Vidal, Padilla,
La Bosa y Laci, las veréis hermosas,
de Saravia y de Lazo y otros muchos
que recibieron una muerte heroica
y cuyos nombres siempre venerados
brillan como la estrella luminosa...
Sí, seguidlas, seguidlas, que ya Clío
justa os prepara la inmortal corona
que orla las sienes de los hombres libres
de inmarcesibles lauros y de rosas.

(Pausa y música muy piana y triste; se oye tocar la llamada
general con cornetas y tambores.)

(Sentado y con ternura cuando aquella concluye).

MORAZAN: Se acerca ya el instante, hijos queridos.
No os presentéis a mi infeliz memoria...
Acompañad a vuestra triste madre...
¡Oh, mi adorada, inconsolable esposa!
Perdonad a un marido desgraciado
si en tan terrible trance os abandona.
Si en nuestra unión, involuntaria falta
cometí alguna vez, por Dios, perdónala...
Yo muero, ¡Oh, Dios! llevando la tristeza
de dejar. ¡Ay!, a una mujer virtuosa,
a una inocente hija y unos hijos
que mi existencia hacían deliciosa.
En sus amargas lágrimas bañados
ni los hijos verán al dulce padre

al tierno esposo no verá la esposa
al tierno padre a quien la parca roba
el único placer que en sus quebrantos
le suavizaba en sus desgracias todas.
Dentro de un breve rato, esposa mía,
escucharéis las balas silbadoras
romper el corazón donde tú existes,
y dos asesinatos impiadosos
a un tiempo causarán. De aquí a un momento
antes que asomen las nocturnas sombras,
una inmensa barrera impenetrable
dividirá dos almas que hoy se adoran.

VILLASEÑOR: Haced por disipar esas ideas,
mi General.

MORAZAN: Aglomerados todos
me quitan el valor... Mas ¿por qué causa
yo me entristezco? No, adorada esposa,
no suspiréis por mí. Se llega el día
de conseguir la calma deliciosa... (Pausa)
Acaso algún amigo o compañero
visitará mi tumba silencioso
y allí vertiendo un dulce y tierno llanto
sobre ella hará nacer purpúreas rosas.
Y algún viajero contemplando triste
la fría tumba de un patriota mora,
maldecirán sus crueles asesinos...
y transportado en cólera furiosa
publicará impaciente por el mundo
esta mancha indeleble y afrentosa
que han hecho estos ingratos habitantes
en su nombre, por siempre; y mi memoria
hará sonar doquiera que se estimen
los laudables servicios de un patriota.

(Entra un oficial.)

OFICIAL: Señor, llegó la hora.

VILLASEÑOR: Sí, ya lo sé que ha llegado la hora..
A cada ser la suya se le llega

Y más terribles que las otras...

(Oficial a la tropa.)

OFICIAL: Sacadle de una vez y recostadle.

VILLASEÑOR: Llevadme con cuidado, y daos prisa
que quiero ya morir. Esta es la alfombra
más grata que encontrare en esta vida.
Pues a mi muerte un corto instante falta,
y ya la parca cruda, destructora,
afila su guadaña, y de mi vida
el hilo infausto duramente corta.

(Morazán, cuando lo llevan al patíbulo.)

MORAZAN: En el altar sagrado de la patria
declaro: Que mi muerte presurosa
no es sino un verdadero asesinato
perpetrado por manos alevosas;
tanto más criminal y escandaloso
cuanto que no han seguido aquellas fórmulas
que el orden de los juicios establece.
He cometido yerros en mis obras
respecto a mis principios, lo confieso,
pues nadie es infalible, y digo que ahora
cuando mis opiniones en política
había ya rectificado todas
se me asesina; a Espinac acuso
ante Dios y los hombres. Su capciosa
entrevista conmigo me extermina.
A El Salvador, región la más preciosa
para mi corazón, lego mis huesos...
Quiero que se trasladen a sus losas
y permanezcan cerca de los héroes
que eternamente en su panteón reposan.
Adiós, americanos cuya espada
brilla en los campos del honor. Mi sombra
aun muerto yo, os seguirá en los triunfos.
Exterminad esa nobleza odiosa.
Dad de nación los timbres a la patria,

y cuando reposéis bajo su sombra
ufanados del bien que la habéis hecho
y sabias leyes en la paz hermosa
disfrutéis gratos, dad algún recuerdo
a un compañero de armas y victorias.

(Villaseñor, con voz pausada.)

VILLASEÑOR: Yo camino al sepulcro que me espera,
y ya la muerte mis sentidos toca...
mas no llevo el sonrojo de haber sido
alguna vez traidor... Mis compatriotas...
vecinos de un estado generoso
y valiente a la par bajo la sombra
del libre pabellón, siempre me vieron
lidiar al lado de ellos. Los idiotas
jamás, jamás mi vista merecieron.
Pues si la inexperiencia candorosa
—en los primeros días de la patria—
a muchos nos mostró sendas tortuosas,
de buena fe las lícitas buscamos;
y aunque las encontrásemos fragosas
gustosos las seguimos, caminando
con entusiasmo al templo de la gloria,
muchos valientes gratos me miraron.
Este placer me alienta. Cariñosa
la patria alguna vez verá a mis hijos,
y exhalará del padre a la memoria
algún suspiro que a mi tumba llegue.
¡Oh! mil veces felices los que logran
descender al sepulcro satisfechos.
Y desgraciados los que entre zozobras
no pueden perdonarse aun a sí mismos,
y huyen de su conciencia pavorosa
que doquier los persigue y los remuerde
y les castiga sin cesar furiosa.

(Entra un oficial y dice a Morazán.)

OFICIAL: Llegó la hora, señor, de vuestra muerte.

MORAZAN: Disponed, pues, en su lugar la tropa. (Con serenidad).

OFICIAL: El General Villaseñor me ordena
que al pie de ese banquito en esa alfombra
sufran la muerte, juntos en un acto.
(Se oye tocar marcha y al rato entra la tropa.)

MORAZAN: Haced como os lo mandan.
(Oficial, acercándose a Villaseñor)

OFICIAL: Señor, la hora.

MORAZAN: Mandar la ejecución a mí me toca.

OFICIAL: Sí, señor.

MORAZAN
(Parándose) ; Oh, patria idolatrada!
Aceptad el obsequio que amorosa
te hace mi vida. Preparad las armas.
Adiós, querido amigo... Llegó la hora. (Viendo a Villaseñor.)

VILLASEÑOR:
(Con pausa.) Adiós, mi General.

MORAZAN: ... No hagáis que pene.
(Arreglando
las punterías,
y viendo a
Villaseñor.) ; Apunten! Observad las voces todas. (A la escolta.)
Al corazón poned la puntería. (Ve a Villaseñor.)
; Fuego! (Cae) Adiós... Patria... (Con voz moribunda).
Adiós, querida esposa...

– T E L O N –

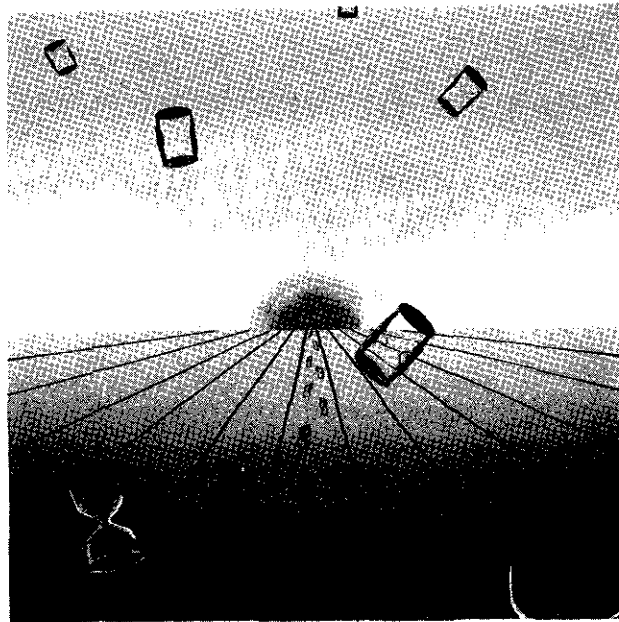
F I N

Esta Revista se terminó de
imprimir el veintitrés de enero
de mil novecientos ochenta y
siete en los talleres de Edi-
torial Universitaria de la
Universidad de El Salvador.

=====4-87=====

ULTIMA PUBLICACION

los días y las huellas



RAFAEL GOCHEZ SOSA



© 1998
W. W. Norton & Company
New York, NY

W. W. Norton & Company
New York, NY